

# LA LOGIA OSCURA

VOLUMEN V

OCTUBRE 2025



## EDICIÓN V ANIVERSARIO

### ¡LUTO EN EL CASTILLO!

El espejo está cubierto, la vela tiembla y huele a hierro y jazmín. El Rey no logra conciliar el sueño, ¿a qué se debe este malestar real?

### ¡HORROR EN EL VIENTRE!

¡Mujer desesperada!  
¡Gritos que resuenan por todos los pasillos del hospital!  
¿En qué acabarán tantos meses de tormento?

### MISTERIO Y ALUCINACIÓN

¿Cuando la razón se apaga, la leyenda cobra vida?  
¿Es un mito o una verdad terrible lo que acecha por la noche?

### ¡AGONÍA CRUDA!

¡Cortes poéticos, gritos de agonía, carne y terror que el malvado disfruta sin parar!

### ¡TIERRA INFERNAL!

¡Un pueblo que no está en el mapa!, ¡dos buscadores imprudentes!

### ¡ALERTA EN LA COSTA!

El mar tiene un nombre antiguo y una ofrenda pendiente.

### LLEGÓ LA PESTILENCIA

¡La humanidad está condenada!  
La ciencia resultó ser nuestro peor enemigo.

### PARADOJA O LOCURA

El tiempo no quiere ser perturbado. No intentes cambiar el pasado o te devorará.

### TESORO MALDITO

¡Descubrimiento terrible!  
¡Algunos secretos es mejor dejarlos bajo tierra!

### ¡EL JUEGO FINAL!

¡Un pie en el cielo, un pie en el infierno!  
¿Te atreves a jugar?

### 12 208 DÍAS DE ANGUSTIA

¿Qué se sentiría recibir un balazo a quemarropa?  
¿El número 12 208 podría tener una bala con su nombre!



© **2025 LA LOGIA OSCURA.** Todos los derechos reservados.

Volumen V - Octubre 2025

Costa Rica

Todos los personajes, situaciones y hechos narrados en estos relatos pertenecen a la ficción y son fruto de la imaginación del autor o autora. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

---

Diseño y diagramación: Mario D. Chacón

Ilustraciones: Midjourney AI.



---

# LA LOGIA OSCURA

---

VOLUMEN V

OCTUBRE, 2025



# CONTENIDOS



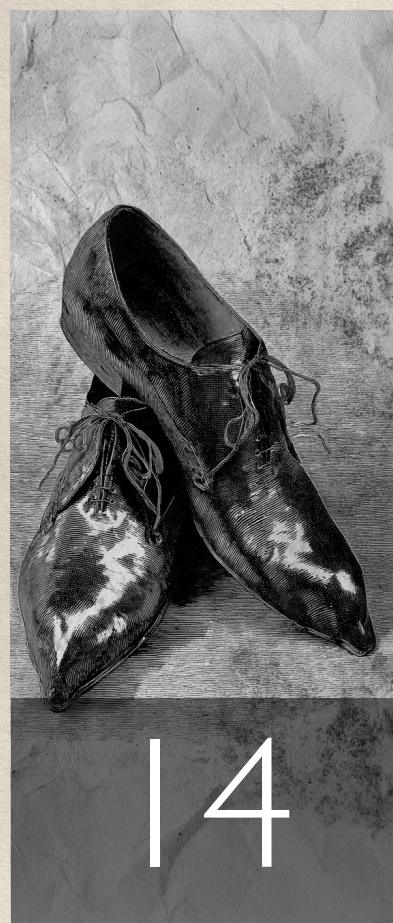
JAZMÍN CERCENADO

KRYSIA BADILLA



RASGUÑOS

VOX VILLALOBOS



EL DUENDE

GABS VINDAS

PALABRA DE LA LOGIA

EDITORIAL Y  
PRÓLOGO

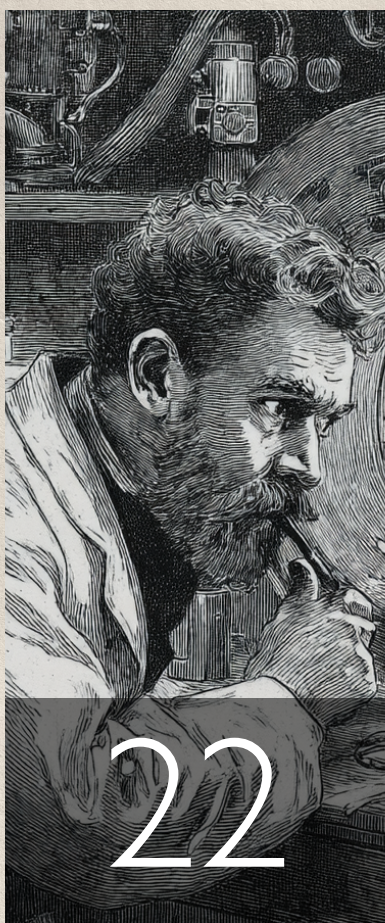


# CONTENIDOS



17

MI AMADA LUCÍA  
EFRAÍN DELGADO



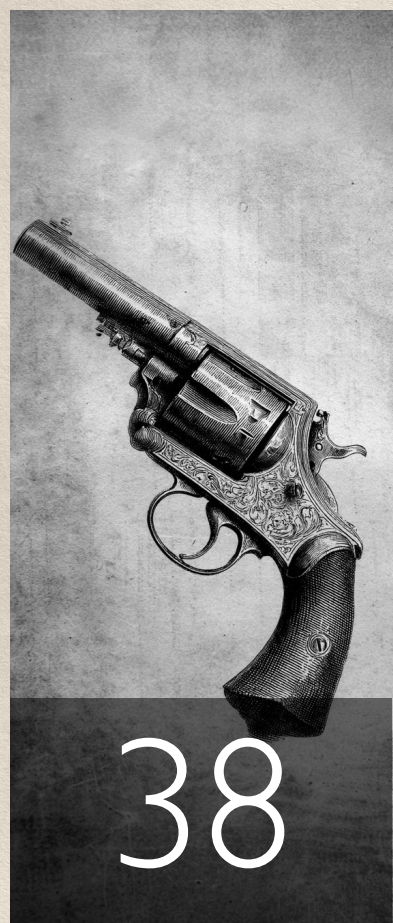
22

EL BUCLE SAN MARTÍN  
MARIO D. CHACÓN



33

SYMBIOCORE®  
FRANK HERRERA



38

A QUEMARROPA  
J.P. HERNÁNDEZ



# CONTENIDOS



#LAVIRGENDELMAR  
JONATHAN CÓRDOBA



BOCA DEL INFIERNO  
SUSSY CARBALLO



HALLAZGO MALDITO  
PABLO DELGADO



LA RAYUELA MACABRA  
WENDY BOLAÑOS





# Así habla la Logia Oscura

## *EDITORIAL*

**U**N LUSTRO DE LOGIA...

Cinco años de historias que llegan entre octubre y diciembre a amenizar la época.

Por nuestras mentes pasa el pensamiento cada año de si esta será la última y en un pasar de páginas ya estamos definiendo temas, leyendo borradores y anunciando la siguiente, esta que están leyendo ahorita.

El tiempo a veces es el cuento de terror más despiadado, tenebroso y real, cuando nos vemos con más años, empiezan deficiencias de salud física, emocional, mental y más, cada quien agrega las que ha ido sumando, y siempre el culpable es el tiempo, la queja común es que no alcanza, sin embargo, cuando las bestias atacan no queda de otra y hay que darse ese tiempo postergado, en muchos casos ya en la tumba.

Los cuentos de terror se dan en la cotidianidad y en la actualidad son parte del día a día: drogas, balaceras, política mundial, matanzas por ideologías diferentes... Tenemos material horroroso en las noticias, y mucho más que no sale a la luz, a veces les huimos a esos fantasmas reales y en otras ocasiones los hacemos relatos de ficción.

¿Por qué queremos escribir y leer sobre lo que no nos deja dormir, acerca de lo que más tememos, de aquello que sabemos que nos va a asustar?

Será acaso como un tipo de anestesia, porque sabemos que es ficción y la preferimos a leer el terror real de nuestras calles, de nuestro mundo enfermo. Sabemos que si soñamos con un payaso demoníaco que nos ataca es solo una pesadilla de la que despertamos, sin embargo, el horror real humano está ahí latente, en lugar de hacerse pequeño va creciendo, cuando despertamos es cuando estamos en la verdadera pesadilla.



Este año tres personas se ganaron un lugar en esta revista, y bien ganado, se eligieron sus cuentos sin saber quienes estaban detrás de cada uno, sin hacer distinción de género, porque en esta época aun hay a quienes les molesta que escriban y triunfen quienes no son varones y eso también es uno de esos cuentos de terror en la cotidianidad.

En esta edición el tema es libre, así que se encontrarán con un menú muy variado, y yo hasta los pondré a jugar, porque cuando el malvado tiempo acecha y la inspiración se escurre, la creatividad salva.

¡Tic tac, tic tac!

¿Qué esperan? ¡Empiecen ya, que el tiempo se va!

*Wendy Bolaños*

*La Logia Oscura*





# Palabra del Gran Maestro

## *PRÓLOGO*

**P**ASEN ADELANTE,  
Su anfitrión de la logia les da la bienvenida a una edición muy especial de nuestra revista.

Hemos decidido darle el micrófono a nuevas voces y dejar que otros narradores pasen al centro del círculo de invocación de terror de nuestras páginas. Hace poco lanzamos una convocatoria para escritores invitados, y la respuesta fue una ola de creatividad. Recibimos muchos textos, cada uno más interesante y tenebroso que el anterior. Tras un cuidadoso proceso de selección, en el que nuestro equipo editorial se sumergió en cada propuesta, hemos elegido tres finalistas que hoy tengo el honor de presentarles.

Los textos seleccionados exponen rincones oscuros de la naturaleza humana, desangrando el horror con una maestría digna de este número de la revista. No solo son finalistas de un concurso, sino invitadas de honor en un banquete literario que hemos preparado para ustedes, nuestros lectores. Cada quien aporta su propia chispa, su propia mirada terrorífica, y estamos seguros de que todos van a encontrar algo especial en estas páginas.

De parte de todos los miembros de la Logia Oscura, queremos agradecer la participación de todos los escritores en la convocatoria y felicitar tanto talento que nos compartieron. En especial, les damos un aplauso a las tres escritoras seleccionadas como finalistas, que resuene en los ecos de esta caverna que nos reúne.

Ya sin más, tomen sus lugares, levanten sus cálices y celebren con nosotros.

¡Que comience la sesión!

Frank Herrera  
Director Editorial





# Jazmín Cercenado

**L**A HABITACIÓN DEL REY OLÍA A CERA DERRETIDA Y FLORES MUERTAS. LA CRIADA ENCENDÍA una vela nueva cada noche, pero él apagaba todas menos una, la que colocaba frente al tocador donde mantenía el espejo cubierto. Decían que en su reflejo ya no se veía a sí mismo, sino la Torre y algo más allá: una figura vestida de gris subiendo las escaleras.

A veces, cuando cerraba los ojos oía reír a su mujer. No era la risa cálida de los días dorados, sino una risa hueca que se arrastraba como moho. Otras veces, olía a jazmín y a hierro. Entonces la vela temblaba y él murmuraba su nombre.

Una noche la recordó en los jardines: vestida de verde, sonriendo con cálculo. Le tendía una flor y al tocarla sentía espinas.

—Dios me ha hecho fértil para un propósito más alto —decía. Su voz era doble. No sabía si fue un sueño o el momento exacto en que todo empezó a pudrirse.

—¿Más alto que un rey? —susurró.

No fue el adulterio, el incesto, la ausencia de heredero varón, ni siquiera la brujería que sus consejeros murmuraban. Solo necesitaba un motivo, uno cualquiera. Él insistía en que ella le había dado todos, aunque no eran reales.



Enrique no asistió al patíbulo. Lo que no sabía era que esa mañana Ana lo había perdonado. Ella subió las escaleras con la cabeza en alto; mientras los demás temblaban, ella no. Y supo que había llegado el fin cuando la campana dobló tres veces.

Él pidió la cabeza. En secreto la colocó en su tocador, le susurró como si pudiera responderle, la peinó con manos temblorosas y la besó como si aún la escuchara.

Durante días, la cabeza descansó allí, sobre un cojín de terciopelo marchito con los labios pintados con el tono exacto del carmesí que ella solía llevar.

Desde entonces, hablaba solo. Dormía sentado. Soñaba con voces sin lengua.

—¿No querías silencio, Enrique? ¿Y ahora qué haces con mi boca muerta? —la voz no salía de los labios, sino del recuerdo.

Una noche encontró cabellos oscuros en su cama. Se enredaban entre sus dedos como hilos vivos. El espejo seguía cubierto, pero a veces creía ver vaho detrás del paño y la cabeza lo miraba.

—No me cerraste los ojos.

—No... los cerraste bien.

La vela parpadeó. Como un ojo que, por fin, decide mirar.

Lo sintió antes de verlo: una niebla suave y un olor antiguo. En la puerta, algo se alzaba vestido de gris perla. El cuerpo de Ana se detuvo frente a él y una mano señalaba el tocador.

—¿Dónde está mi cabeza, Enrique?

Intentó hablar, pero el terror lo encogió.

—La quiero —dijo la voz.

No venía a castigar, venía a reclamar. Su alma, su cuerpo y su historia.

Al amanecer no se encontró al rey, solo una túnica abandonada. Y en el espejo, descubierto, un rostro que no era el suyo.

Krysia Badilla  
@laprincesaleia\_cr







# Rasguños

— **T**ODO SE VE BIEN —DIJO LA DOCTORA ABIGAIL JURADO, MIENTRAS EXAMINABA LA IMAGEN DEL feto en el ultrasonido.

—No puede ser posible —le respondió Lidia—. Yo lo sentí... rasguñándome en mi interior.

—¿Rasguñándola? —La doctora frunció el ceño—. Eso no puede ser posible.

—No miento, se lo juro —continuó Lidia—. Lo hace todos los días. Mientras duermo, mientras como, mientras trabajo. Me deja llorando del dolor.

La doctora seguía indudablemente confundida y extrañada.

«Seguro cree que me he vuelto loca», pensó Lidia.

—Solo quiero asegurarme de que el bebé no tenga garras o algo así.

Lidia le brindó a la doctora su mejor sonrisa, como si hubiera expresado una preocupación de las más comunes durante un embarazo.

—Como mencioné —respondió la doctora con fría firmeza—, todo se ve bien. Faltan solo dos meses para que dé a luz. No debería haber complicaciones, así que su parto va a ser de forma



natural. ¿Su pareja y usted ya eligieron un nombre?

–No tengo pareja –respondió Lidia.

Lidia se irritó cuando la doctora la miró con lástima.

–Y, pues, me gusta Juan, David o tal vez Lucas. Aún no me decido.

–¿Le gustan los nombres bíblicos? –inquirió la doctora–. Yo llamé a mi hijo Juan por el profeta del apocalipsis.

En ese momento, Lidia sintió a su hijo (Juan, David, o tal vez Lucas) revolcarse en su vientre. Sin embargo, en el ultrasonido, el feto permanecía quieto.

Un escalofrío recorrió la espina dorsal de la mujer embarazada.

La doctora removió la sonda y prendió la luz.

–Ser madre primeriza es una hermosa experiencia. Puede conllevar cierta confusión, pero todo es parte del proceso.

La doctora despidió a Lidia con otra de sus sonrisas heladas.

Lidia caminó con su pesado vientre hacia el elevador del edificio. Presionó el botón del piso del parqueo del hospital y se recostó contra la pared. Esa breve caminata la dejó sudorosa. Sentía como si cargara kilos de piedra en su interior. El bebé se sentía enorme, más de lo que Lidia pudo haber imaginado. Encima de eso, era violento. De eso no tenía ninguna duda.

Las puertas del elevador se abrieron. El parqueo estaba repleto de vehículos, pero vacío de otras almas.

Mientras Lidia caminaba, lo sintió de nuevo: los rasguños. El dolor la hizo doblarse y caer de rodillas mientras lágrimas brotaban en sus ojos.

«Mi bebé quiere salir», concluyó. Estaba desesperado. La doctora dijo que el parto ocurriría en dos meses, pero era demasiado tiempo.

Lidia buscó en su bolso y sacó su cúter, el mismo instrumento que usó siete meses atrás para cortarse la palma de la mano y verter su sangre sobre un pentagrama que ella misma trazó en su desesperación.

«Lo siento», otra doctora en aquel momento le había dicho. «Su condición no le permitirá quedar embarazada».

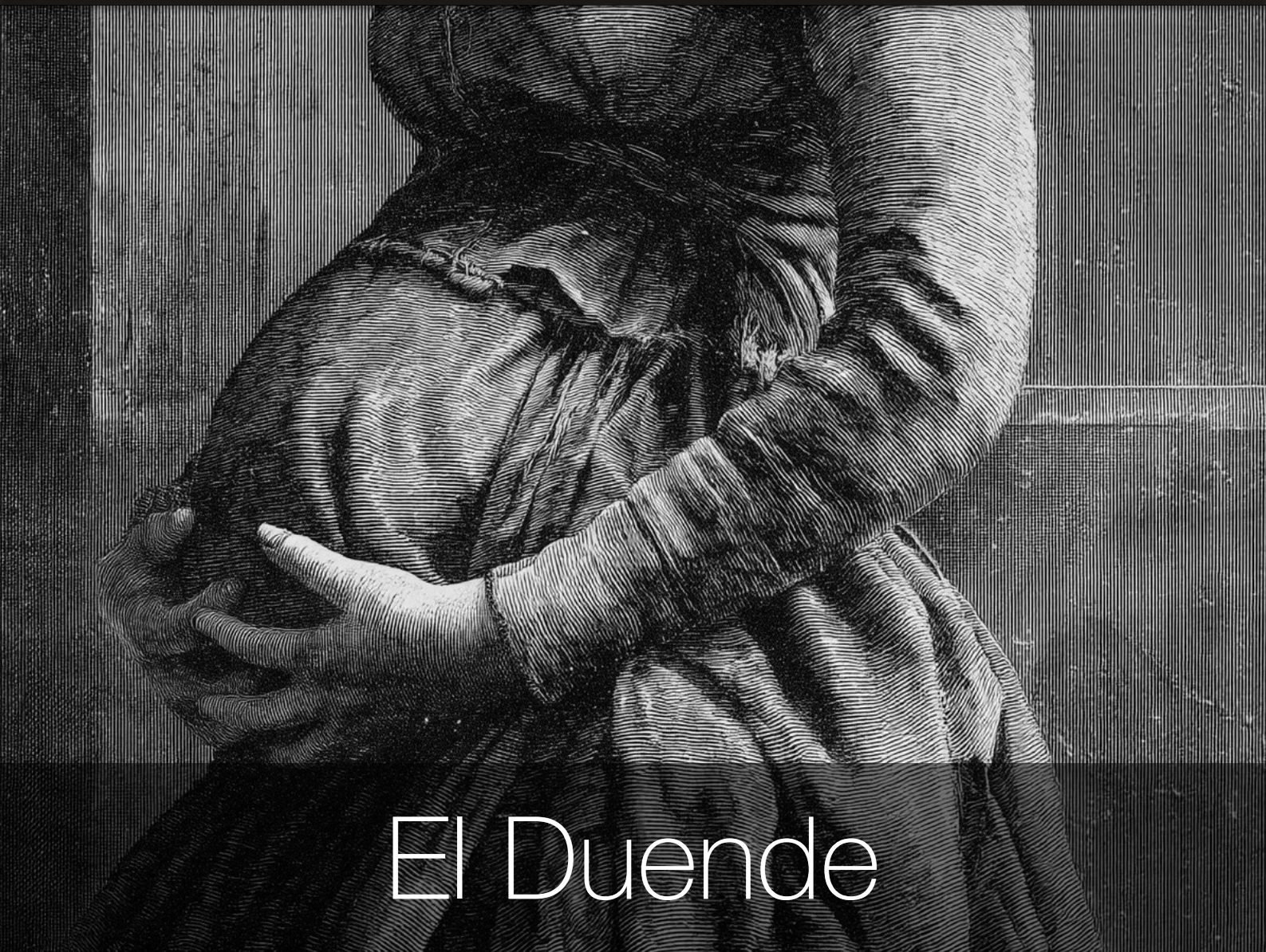
Se había sentido tan impotente en ese momento, hasta que encontró una luz.

En completa soledad, Lidia acercó el filo del cuchillo a la piel sobre su vientre, respiró profundo, y... cortó.



Vox Villalobos  
@voxvillalobos





## El Duende

**H**ACÍA AÑOS QUE LA LLUVIA NO CESABA. SE SIRVIÓ UN TÉ PARA CALENTARSE; LA HUMEDAD SE LE HABÍA metido por los poros y le dolía la pierna donde tenía la cicatriz. Darle vida al niño en su vientre la tenía exhausta. Cada día le dolían más los huesos. Desde que Gilberto se fue de la casa, se había sumido en una espiral donde apenas sobrevivía.

¿Por qué nadie le creyó que ese maldito duende quería robarle a su hijo? Ella lo había visto en la puerta del jardín, con sus ojos rojizos y nariz puntiaguda, entre las latas de zinc herrumbrosas que Gilberto nunca vendió y las macetas con plantas ahogadas por tanta lluvia. Lo vio espiando por las rendijas de la puerta, con sus zapatos verdes. A veces, encontraba las cosas en lugares distintos a donde las había dejado.

Hubo un tiempo en que Gilberto y ella fueron felices. Pero él ya no estaba. Y ella sabía que el maldito duende vendría pronto. Se puso el vestido azul holgado con los zapatos bajitos. Apagó la pequeña plantilla de gas, cerró la ventana y volvió a repasar todo, como quien camina sobre sus propios pasos para asegurarse que fueran los correctos. Le daba mucha ilusión escuchar los latidos de su bebé por primera vez.

En el consultorio del médico, el aire se sentía pesado, el cansancio le aplastaba los pulmones. La



secretaria le dio un formulario con muchos datos para llenar y, con un gesto de lástima, le ofreció un vaso con agua mientras esperaba.

**Nombre de la Madre:** Dolores Jiménez

**Nombre del Padre:** ~~Gilberto González~~

El médico la llamó. Entró y se sentó en una silla fría frente a él.

—Hola, Dolores. Vamos a revisarte.

Ella obedeció. La soledad golpeó en el alma y rebotó en las paredes grises del consultorio. Estaba sola, pero no por mucho. Pronto su hijo estaría con ella. Sería solo suyo.

—Todo parece estar en orden, Dolores. Puede irse.

Agradeció al doctor y salió.

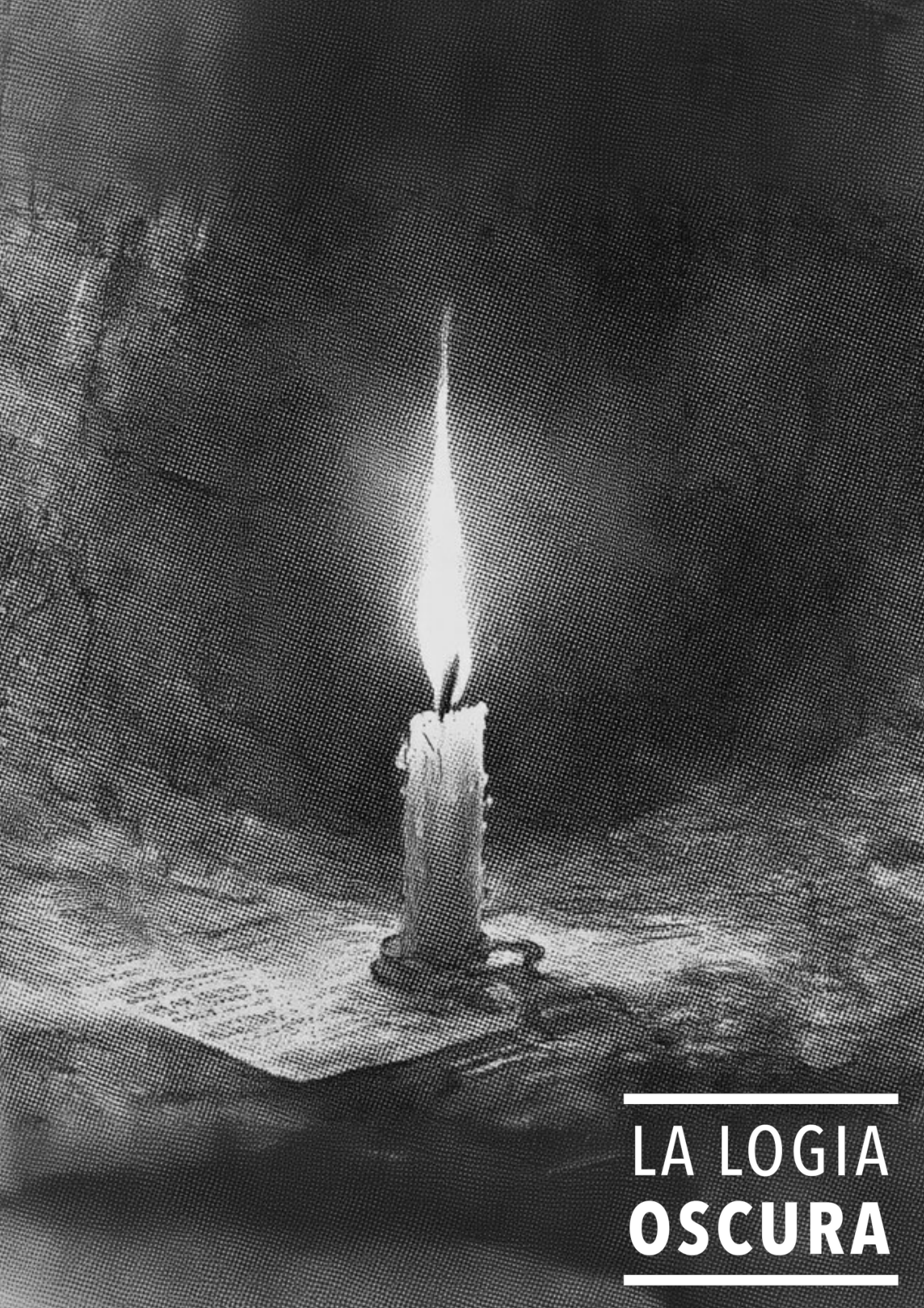
La enfermera nueva le preguntó a la secretaria quién era la anciana que acababa de salir del despacho del psiquiatra.

—Es Dolores —respondió la secretaria—. Lleva décadas internada. Todavía cree estar embarazada. Su esposo la apuñaló para robarle al hijo. La policía lo encontró con un tiro en la espalda días después. Lo reconocieron por unos zapatos verdes... los mismos que Dolores les describió. El bebé nunca apareció.



Gabs Vindas  
@las\_alas\_degabs





---

**LA LOGIA  
OSCURA**

---





# Mi Amada Lucía

*Efraín Delgado*  
@efraindelgadoc

CADA PASO QUE DABA SENTENCIABA MÁS aquella fatídica tarde. Su alma impura deseaba poder llegar rápido a aquella morada, pero el trayecto era largo y solitario. Aunque él ya sabía de antemano que iba a ser así, la desesperación de cumplir su objetivo lo carcomía desde las entrañas.

Su caminar acelerado era el reflejo de sus ansias por cumplir su labor, y con amplia razón, dado que nada le brindaba más placer que dejar correr la sangre entre sus dedos, más aún cuando se trataba de una víctima que no pudiera defenderse. Su mente no podía

dejar de recordar la sensación que le generaba incrustar aquella navaja en un cuerpo que se retorciera del dolor, sentir cómo ingresaba de forma brusca destrozando cada tejido de carne, mientras llenaba su mano del más hermoso color rojo carmesí de forma casi poética. Tanto poder concentrado en las palmas de aquel delgado individuo era como jugar a ser Dios, aunque duraba tan poco tiempo; morían tan rápido que el sufrimiento de encontrar una cacería lo atormentaba por días. Por lo que cada vez que terminaba con su frenesí de lujuria y muerte, no podía esperar para buscar su



próxima presa. Esta vez se trataba de la pobre viuda de Núñez, que con sus ochenta y seis años encima y la larga distancia que vivía de cualquier vecino, generaban el escenario perfecto para la masacre que se cometería esa noche.

El bastardo avanzaba entre el bosque mientras afilaba a su querida amiga Lucía, la cual ya llevaba en su haber más de quince muertes; aunque las primeras fueron muy rápidas, paso a paso se fueron desarrollando con más lentitud, creando así toda una obra escénica de tortura y dolor en cada una de ellas. Lucía, su querida amante de bolsillo, disfrutaba últimamente de hacer cortes superficiales al principio para escuchar aquellos gritos de agonía que tanto le hacían temblar su fría piel metálica; parecido a una ópera iba *in crescendo* con cada penetración que hacía, con cada acorde, creando una quimera de sangre y sufrimiento, mezclados con trozos de carne expuesta.

Ese maldito hombre de extremidades largas y la pequeña Lucía se habían encariñado de tal manera que su relación se volvió completamente enfermiza, hasta el punto de que no podían separarse uno del otro.

El frío de aquella puesta de sol era tan intenso que sus dedos empezaron a entumecerse, esto le preocupaba, debido a que podría dificultarle poder insertar la navaja de forma precisa.

Al dar vuelta a un frondoso árbol de ciprés en aquella helada noche, divisó al fin la famosa cabaña donde moraba la anciana completamente sola. El humo salía de la amplia chimenea, cuyo fuego tenía poco de haberse apagado. Las costumbres de aquella dulce señora habían sido estudiadas con sumo detalle, por lo que, aunque había pasado una hora desde que se pudo percibir el último rayo de sol, la tierna abuela de tres pequeñines traviesos se encontraba en la

la cama con una taza de chocolate caliente a medio terminar en la mesita de noche.

La sonrisa que se generó en la cara del bastardo era tan retorcida que se podría decir que no pertenecía a este mundo. Su satisfacción salía de lo más profundo de su podrido corazón. Se aseguró que no hubiese ningún vehículo estacionado en la proximidad, con el fin de confirmar que se encontraba sola en esa velada. Sabía muy bien que los gritos que se generarían en aquella edificación de duro roble solo serían disfrutados por él y su dulce, pero fría amante Lucía.

Conforme se acercaba a la casa, pudo apreciar que las ventanas se encontraban fuertemente cerradas, algo que no era de extrañar con la presencia de tantos felinos salvajes por la zona, pero cuando llegó a la puerta y la empezó a empujar, sintió cómo la cerradura era completamente imbatible, por lo que era imposible entrar por aquella robusta puerta de madera. El sonido de los gatos empezó a llenar el interior de la casa, como intentando alertar a su dueña del peligro que la asediaba. El asesino apresuró el paso a la ventana del cuarto de la anciana solo para comprobar que se encontraba dormida. Ya a su edad la audición era mínima, lo que la hacía dormir de forma profunda casi siempre por unas doce horas. Pero no lo hacía sola; ya que junto a ella se encontraba la escopeta de su fallecido esposo. Tenía años de acompañarla, aunque no se podía confirmar a ciencia cierta si estaba cargada y, mucho menos, si sabía manejarla. Era el recuerdo más fiel que le quedaba del Sr. Núñez.

Comprobando el profundo sueño en el que se encontraba, decidió emplear lo que ya tenía planeado y subiendo por los troncos apilados, llegó al resbaloso techo lleno de una densa capa de moho que se había formado en aquel crudo invierno. Él no podía



esperar aquel regalo que estaba a punto de abrirse en Nochebuena. El deleite que le produciría provocaba que se le erizara la piel; solo podía soñar despierto con que el cuerpo de esa desamparada señora fuera de su propiedad y poder hacer lo que le placiera con sus últimos instantes de vida, porque esta oportunidad había que aprovecharla. «Esta vez haré que la diversión dure por horas, intentaré que no muera de golpe con pequeñas heridas, que sangre solo lo necesario para poder disfrutar ese aroma que me encanta a sangre fresca», se decía a sí mismo, en lo profundo de aquella sádica y retorcida mente, mientras se le estremecía la piel.

Con cuidado se acercó a la tibia chimenea con el fin de no caerse del tejado. Aún salía humo negro y cálido de aquel oscuro ducto; se asomó y en el fondo pudo apreciar cómo unos rojos destellos del ya extinto fuego todavía se encontraban consumiéndose. Poco a poco se fue acomodando para poder ingresar por la estructura elaborada con aquellas hermosas piedras, y aunque era estrecha, no presentaba dificultad para acceder su casi esquelético cuerpo. Ingresó el primer pie y fue justamente en ese momento que se generó el inesperado resbalón. Empezó a caer de una forma precipitada por la chimenea con una figura bastante extraña; su rodilla doblada era lo que se dirigió primero a gran velocidad, generando un impacto súbito cuando su cuerpo quedó atrapado en la chimenea, haciendo que el crujido fuerte de su pierna rompiéndose en pedazos invadiera toda la casa. Se podía apreciar cómo su hueso quedó expuesto al aire, fragmentado en cientos de astillas. El cuerpo había quedado en tal posición que no podía describirse de forma que fuese anatómicamente posible. Su cara quedó viendo hacia arriba, la cual sólo podía expresarse en gritos desgarradores que

retumbaban en aquel lejano cielo del bosque. El dolor era sumamente intenso; no podía mover una sola de sus extremidades. La sangre proveniente de sus heridas expuestas empezó a brotar como un lento goteo, debido a que sus principales arterias habían sido bloqueadas por partes de su propio cuerpo. Pero podía sentir cómo el mismo goteaba muy despacio en aquel lugar tan claustrofóbico; el dolor era tan fuerte que nunca había experimentado tal sensación de sufrimiento, por lo que no podía dejar de gritar con todas sus fuerzas al cielo de la noche oscura, sin que nadie pudiera percibirlo.

Se encontraba ahí, solo, destrozado. En su desesperación y agonía, intentó mover sus brazos o piernas, lo único que generaba era que el dolor se intensificara cada vez más, tanto que él no sabía cómo eso podría ser posible, porque ya el dolor estaba fuera de cualquier escala que pudiera describir.

Poco a poco empezó a sentir cómo el aire le faltaba; sentía cómo aquellas piedras finamente colocadas le estrujaban la caja torácica y, por más que intentó girar sus ojos para ver a su alrededor y buscar algún escape, todo estaba recubierto de una negra ceniza. Tenía la sensación de que aquel lugar convertido en ataúd se estaba encogiendo cada vez más y más, como si lo estuviera succionando lentamente y lo fuese a aplastar. Grandes lágrimas empezaron a brotar y mezclarse con el hollín que tenía en su rostro; sintió cómo la desesperación lo invadía y lo llenaba de temor. Poco a poco se puso a reflexionar sobre todo el pecado que había cometido en su vida, cómo su deseo lo había llevado a que el destino gozase con su sufrimiento y, a forma de una sátira del karma, esa noche estaría llena de agonía cruda y lenta.

Con el pasar del tiempo, ya no sabía si llevaba minutos, días o años encerrado ahí pero lo



que sí podía apreciar era que su voz se iba escaseando de tanto gritar, su garganta se estaba empezando a enmudecer por la mezcla del sufrimiento y el frío de la oscura noche, pero aún le quedaba sensibilidad en aquel cuerpo que poco a poco se fue quedando sin sangre en su interior, fue justo en ese momento que empezó a sentir como una pequeña lija raspaba sus heridas, volviendo a liberar la agonía que sentía, raspaba con gran intensidad y de golpe pudo sentir cómo se convertía en pequeñas cuchillas que lo penetraban continuamente y empezaban a desgarrar lentamente su carne, empezó a sentir como sus tendones y músculos expuestos empezaban a ser destrozados de una forma lenta y disfrutados cual delicioso manjar, apareciendo de a poco otros dientes, los cuales fueron seguidos por el tercer gato que también quiso aprovechar la cena que tenían servida en aquella chimenea. El olor de la sangre los había obligado a alcanzar alturas que no les eran permitidas en aquella casa.

El volver a retorcerse de dolor hizo que descendiera más y sintiera cómo se introducía en la profundidad de aquel foso, oscuro como la muerte. Ese era su deseo, que la muerte lo visitara y lo llevara a un lugar mejor, pero, aunque intentó buscar la ayuda de su amiga Lucía para que lo sacara de aquel tormento,

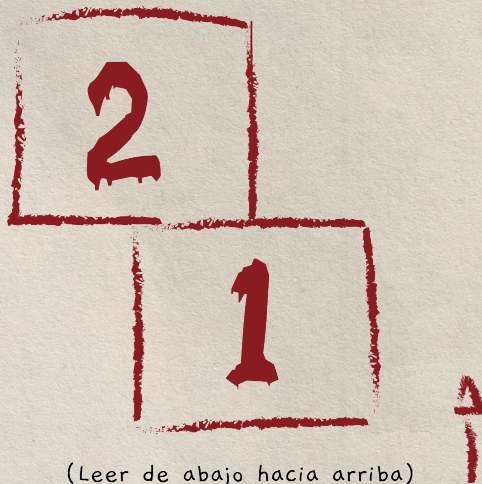
ella también lo había abandonado, quedando en algún lugar de un escondido bolsillo. Ya no podía soportarlo más y gritó tanto hasta un punto en que su voz dejó de fluir; el tiempo había cobrado la factura previamente anunciada. Él sabía que pronto aquel líquido vital de su interior dejaría de fluir; esa era su última noche, enterrado de forma prematura para su perecer. De forma paulatina fue perdiendo el conocimiento, mientras se convertía en la cena de aquellas criaturas.

Cuando la viuda abrió los ojos, descubrió que era terriblemente tarde; podía escuchar el sonido del automóvil que la esperaba en la entrada de aquella cabaña. Con la mayor velocidad que pudo se levantó de la cama y alistó todas las cosas para su viaje al pueblo con su familia, aunque mientras se desplazaba por la casa pudo apreciar el desorden que sus mascotas habían cometido; no prestó mucha atención dado lo tarde que era. Terminó de vestirse, se dirigió a la cocina, cogió un tazón grande y con su afilado cuchillo cortó varios pedazos de la carne que había dejado secando con el humo de la chimenea. Le pareció extraño que se encontrara todavía húmeda, pero no prestó mucha importancia.

Se comenta que aquel almuerzo navideño fue disfrutado por la familia Núñez como ningún otro en su vida.



El drama empieza con vos.



(Leer de abajo hacia arriba)





# El Bucle San Martín

*Mario D. Chacón*  
*@queleemosho*

**L**A IMAGEN QUE SE REFLEJA ME RESULTA extraña: un hombre más bien flaco, las ropas manchadas y raídas, la barba de tres días que ensucia mi rostro. Mi nombre es Eloy San Martín, y en lo que ahora me parece otra vida fui un importante físico cuántico. Dediqué cada minuto de mi existencia a resolver el principal problema de la historia humana; pero ahora el tiempo no significa nada para mí.

Han pasado quince años desde que empecé mi investigación. En el sótano de la mansión

familiar –y gracias a la abultada cuenta bancaria que me legó la muerte de mis padres– pude construir mi laboratorio: el lugar dedicado a corregir los errores del pasado. Sus paredes estaban cubiertas de monitores que mostraban ecuaciones cuánticas, mapas temporales y, en el centro de todo, fotografías de rostros que nunca encontraron justicia.

En medio de la habitación se encontraba mi flamante creación: una máquina del tamaño de una antigua cabina telefónica rodeada de cables superconductores y cristales de cuarzo que pulsaban con una fantasmal luz azul. La



llamé «El Corrector Temporal». Unas gafas modificadas para tal efecto funcionaban como interfaz humano-máquina y con ello se podía ingresar los parámetros deseados. Completaba mi equipo lo que llamé «el traje temporal» que vestía por debajo de mis ropas regulares.

«Hoy cambiamos la historia, Elena», murmuré, tocando la fotografía enmarcada sobre mi escritorio. Mi hermana menor me sonreía desde la imagen, congelada para siempre en el tiempo a los veintitrés años.

La policía encontró el cuerpo de Elena en el parque Riverside un miércoles por la madrugada. Estrangulada. Sin testigos. Sin pistas. Un caso sin resolver, a pesar de que me dediqué en cuerpo y alma a buscar a quienquiera que fuera el culpable: soborné detectives, contraté investigadores privados y revisé cada centímetro de evidencia hasta memorizarla. Nada de eso fue suficiente. Nada de eso dio frutos. Al final, solo quedó una hermana muerta y un hermano que decidió dedicar su vida a la física cuántica con la esperanza secreta de, algún día, poder evitar ese terrible suceso.

El Corrector Temporal sería mi última oportunidad.

El Corrector Temporal me permitiría salvar a Elena.

## II

Mi objetivo era claro: evitar el asesinato de Elena. Pero una empresa de tal importancia no podía realizarse sin las pruebas necesarias. ¡Había mucho en juego como para arriesgarse con resultados inesperados! Debía verificar que la máquina funcionaba a la perfección.

Para esos efectos, investigué varios casos de homicidio similares a los de mi hermana: personas que vieron cegada de forma

prematura sus vidas y que esperaron –en vano– cualquier intento de justicia.

Elegí con mucha cautela mi primera prueba: Saray Chang, asesinada cinco años atrás en su apartamento. El perpetrador nunca fue capturado y el caso se mantuvo frío desde entonces. Investigué de forma exhaustiva todo lo que se dio a conocer del suceso y decidí que sería mi primer viaje en el tiempo. Mi plan era simple: llegaría el 1.º de marzo de 2020, a las 9:45 de la noche, una hora antes del asesinato; tocaría la puerta e inventaría alguna clase de emergencia, buscando con ello alejar a Saray de su apartamento hasta que pasara el peligro.

Vestí con ropa casual y me coloqué un radio en el cinturón, con el fin de que mi historia fuera más creíble para Saray. Bajo mi vestimenta, me ajusté el traje temporal: un conjunto de sensores y conductores que me permitirían volver a mi presente cuando activara la secuencia de regreso o en el momento en el que un temporizador calibrado con anticipación llegara a cero. Respiré despacio y, con mucho temor, activé la secuencia de inicio presionando el botón.

El mundo se desintegró en partículas de luz.

Sin percatarme, había cerrado los ojos. Al abrirlos, me encontré fuera de mi laboratorio. Estaba parado en una calle familiar aunque de algún modo distinta. Los autos eran modelos más antiguos, los letreros tenían diseños que recordaba con vaguedad. Marzo de 2020. ¡Lo había logrado!, ¡mi invento había funcionado! No obstante, el orgullo científico tuvo que ceder a la imperiosa necesidad de salvar una vida.

Me dirigí al edificio de la señorita Chang, un complejo de apartamentos de ladrillo rojo que ya conocía por las fotografías policiales. Mi corazón latía con fuerza mientras subía las escaleras. Mi marcada cojera de la pierna izquierda (un hueso que no soldó bien en



mi adolescencia, luego de que Elena me empujara en unos escalones, pues no había querido jugar con ella) me refrenó de correr; aun así apuré el paso todo lo que pude. Necesitaba conversar con Saray Chang, lograr convencerla de que me acompañara fuera de su apartamento y, de paso, demostrar que el destino podía cambiarse.

Toqué a la puerta del apartamento 4B. Una mujer joven abrió, cabello negro hasta los hombros. Era ella, viva y respirando.

—¿Sí? —preguntó, con una sonrisa cautelosa.

—Disculpe, hay una emergencia de gas en esta planta del edificio. —Mentí—. Debemos evacuar de forma inmediata.

Saray frunció el ceño y olfateó.

—Es inodoro en las primeras etapas —dije, adivinando su pensamiento—. Por favor, es por su seguridad.

La urgencia en mi voz la convenció. Ella llamó a los dos únicos vecinos de ese nivel y todos me siguieron escaleras abajo. Les pedí que dejaran todos los objetos de valor en sus apartamentos y que solo llevaran una identificación a mano. Así pude mantenerlos alejados del edificio durante dos horas, inventando excusas sobre pruebas de gas, simulando hablar por mi radio mientras preguntaba por los avances en el control de la fuga. Siempre pidiéndoles que tuvieran un poco de paciencia.

Cuando por fin Saray regresó a su apartamento, era casi medianoche. La señorita Chang estaba viva, a salvo, fuera del alcance de su destino original. Activé la secuencia de regreso, sintiendo una satisfacción profunda mientras el mundo se desvanecía de nuevo.

El presente me recibió con la luz familiar de mi laboratorio. Me quité el traje temporal con manos temblorosas y corrí a mi computadora. Con dedos ansiosos, busqué el nombre de Saray Chang en los archivos de noticias.

Lo que encontré me heló la sangre.

*Una mujer de 26 años identificada como Saray Chang fue encontrada sin vida la mañana del domingo 1 de marzo de 2020, en las escaleras de acceso a su apartamento. El cuerpo fue descubierto por un vecino del edificio, quien alertó a las autoridades.*

*De acuerdo con el informe preliminar, la mujer fue estrangulada en el lugar, probablemente durante la madrugada del mismo domingo. Efectivos de la Unidad de Homicidios acudieron al sitio para iniciar las diligencias correspondientes. El caso se encuentra bajo investigación y, por el momento, no se reportan personas detenidas.*

¡No podía ser! Al parecer, el pasado no quiere ser cambiado. La fecha era la correcta, mas los detalles se habían alterado. Según el nuevo reporte, Saray había sido encontrada estrangulada en las escaleras de su edificio, como si hubiera sido atacada cuando volvía a su apartamento.

Seguí leyendo la nota del periódico, cada palabra como un golpe al estómago. Los vecinos habían reportado haber visto a un hombre merodeando por el edificio esa noche: cabello castaño, complexión media y una marcada cojera.

«No es posible», susurré, y mi voz sonó hueca en el laboratorio silencioso. Tomé la fotografía de Elena y suspiré. Traté de rearmar en mi memoria cada uno de mis pasos: sacar a Saray de su apartamento, mantenerla apartada y volver a mi laboratorio. No recordaba haberla matado. Sólo salvarla.

Cerré los ojos, tratando de encontrar alguna explicación lógica. Tal vez la máquina había funcionado mal. Tal vez había creado algún tipo de paradoja temporal. Tal vez...

Abrí los ojos y miré la fotografía de Elena. En quince años, nunca había estado tan cerca de tener las respuestas que buscaba. Y ahora, por



primera vez, tenía las herramientas para obtenerlas.

A pesar del horror por lo que había sucedido, sabía que tenía que continuar. La ciencia requería experimentación, y yo era, ante todo, un científico. Necesitaba más datos antes de poder entender qué había salido mal.

¿Y si Saray Chang había sido una anomalía? Sin duda, la próxima vez sería diferente.

Durante tres semanas, viví entre el optimismo de estar cerca de poder salvar a mi hermana y la negación por el fracaso de mi primer viaje temporal. Revisé cada ecuación, cada calibración, cada componente del Corrector Temporal. Tenía que haber un error técnico, una variable que había pasado por alto. La alternativa era impensable.

Elegí mi segunda prueba con más cuidado aún. De entre la lista de crímenes sin resolver –similares a los de Elena– que había investigado con antelación, seleccioné a Camila Sandoval, asesinada en 1998 en un callejón detrás del restaurante donde trabajaba.

Repasé cada detalle que había encontrado en las noticias: Camila salió del trabajo a eso de las 11:30 p.m., caminó sola por el callejón en dirección a su casa, como hacía cada noche; aunque en esta ocasión encontrarían su cuerpo estrangulado a las 4:00 a.m. del día siguiente.

Debía encontrar una forma de alertar a la chica y evitar que caminara. Ofrecerme a acompañarla estaba fuera de discusión, ninguna persona sensata permitiría que un perfecto desconocido caminara a su lado, luego de decirle que alguien ahí afuera quería asesinarla.

Tuve una idea, pensé en un plan sencillo y fijé mi destino: 15 de octubre de 1998, 11:00 p.m., restaurante “Fuego & Sal”.

El viaje temporal se sintió más suave esta vez,

como si la máquina hubiera aprendido a cortar el espacio-tiempo con más elegancia. Emergí en 1998, una época que recordaba bastante bien: los vehículos eran más cuadrados, la corrección política era más ligera y las personas un poco más confiadas.

El restaurante “Fuego & Sal” estaba justo donde lo esperaba, con su letrero de neón rojo parpadeando en la noche. Observé el callejón por donde –según mi línea temporal– se vería caminar a Camila por última vez. Y, decidido, ingresé en el local. Ya conocía la apariencia de la chica, así que me dirigí hacia ella con rapidez.

–¿Camila Sandoval? –pregunté, acercándome.

–¿Quién es usted? –respondió ella sobresaltada.

–Mi nombre es Osvaldo Vilchez. Soy agente de policía –mientras mentía le mostré una placa falsa, de esas que en mi presente se pueden conseguir en internet con unos pocos clics. –Sé que la situación puede parecerle extraña, pero no es seguro que hoy camine hasta su casa.

Camila abrió mucho sus ojos mientras me escuchaba expectante.

–Una investigación en curso nos ha alertado de la presencia de un criminal violento en los alrededores. Estamos alertando a todas las trabajadoras de los locales en la zona, que por favor pidan un taxi para regresar a sus domicilios.

Me aseguró que lo haría. En 1998, las personas eran un poco más confiadas, y la voz de un agente de policía contaba con más autoridad.

Aproveché que el único cliente del lugar llamó a Camila y dejé un billete sobre la barra, así ella no escatimaría en utilizar un transporte privado. Tampoco me confié de su palabra, esperé medio oculto hasta su hora de salida y



sonreí al verla abordar un taxi. La seguí a poca distancia para asegurarme de que ella volvería sana y salva hasta su casa.

Me dispuse a regresar a mi laboratorio. Activé la secuencia, pero algo se sintió diferente: un salto en mi percepción del tiempo, como si hubiera perdido algunos minutos la consciencia. Lo último que recordaba era ver a Camila bajando del taxi en las afueras de su apartamento. Todo después de eso era... borroso.

Ya en mi presente, corrí a mi computadora tratando de reprimir el temblor de mis manos. Busqué el nombre de Camila Sandoval en internet y encontré lo que más temía: «Mujer asesinada en callejón». Los detalles, sin embargo, habían cambiado otra vez. Según el nuevo reporte, Camila había sido encontrada estrangulada en el callejón que daba a su apartamento, no detrás del restaurante. Como si hubiera sido seguida a casa. Había un único reporte de un testigo, quien afirmó que le pareció observar a un hombre de mediana edad y que juraría que cojeaba.

Sentí que las paredes del laboratorio se cerraban sobre mí. Dos casos, dos veces el mismo resultado imposible. Aun así, tenía que estar seguro; tenía que descartar toda duda razonable. Antes de lanzarme a salvar a Elena, necesitaba un caso adicional. Desesperado, lo elegí casi al azar: Óscar Arévalo, asesinado en 1997. Aunque su caso no era tan similar al de mi hermana, también había sido asesinado en el parque Riverside.

Esta vez decidí mantenerme alejado de la víctima. En lugar de intervenir de forma directa, llamaría a la policía con una pista anónima que los llevaría al parque justo a tiempo para evitar el crimen.

El viaje a 1997 fue turbulento. Emergí en el parque, desorientado y con una extraña sensación de *déjà vu*. Encontré un teléfono público y llamé al entonces recién

inaugurado servicio de emergencias.

–9-1-1, ¿cuál es su emergencia?

–Hay un hombre con un cuchillo en el parque Riverside. –Supuse que, si había un arma de algún tipo, el reporte lo atenderían con mayor premura—. Parece que planea atacar a alguien cerca del lago.

–Daremos aviso a las autoridades y oficiales uniformados se presentarán al lugar. Es muy importante que no trate de intervenir. Hizo bien en llamar al servicio de emergencias. Por favor, dígame su nombre y la mejor descripción que pueda darme del posible atacante.

Corté la llamada sin decir más, esperando que de verdad enviaran a algún oficial. Me alejé del área para evitar cualquier contacto con la víctima o el atacante. Me senté en una banca al otro lado del parque y esperé hasta que fuera seguro regresar.

La sensación de tiempo perdido me invadió otra vez, como si hubiera estado durmiendo, aunque permanecí despierto. Accioné la secuencia de regreso. Cuando por fin volví a mi presente, las noticias confirmaron lo que ya en mi interior sospechaba. Óscar Arévalo había sido encontrado muerto en el parque, estrangulado. De nuevo había testigos, esta vez varios, y habían observado al atacante con toda claridad. Las descripciones eran precisas hasta el último detalle: altura, peso, edad aproximada y una cojera muy llamativa.

Me desplomé en mi silla. Tres asesinatos, tres veces había intentado salvar una vida y terminé quitándola. Pero yo no era un asesino. No podía serlo. Había dedicado mi vida a la ciencia, a buscar justicia ante el asesinato de mi hermana, a luchar por el avance de la humanidad. La idea de que pudiera matar a alguien era... imposible.

Sin embargo, las descripciones de testigos, las lagunas en mi memoria, el mismo *modus*



*operandi* en todos los asesinatos. Todo apuntaba a una conclusión que me negaba a aceptar.

Pensé de nuevo en Elena, el caso que había iniciado todo esto. Si en verdad era yo el responsable de estos otros asesinatos, entonces tal vez...

«No», susurré, rechazando el pensamiento antes de que pudiera formarse por completo. «No puede ser». Pero por primera vez desde que había construido el Corrector Temporal, comencé a preguntarme si algunos casos estaban destinados a permanecer sin resolver.

¿Y si tal vez, sólo tal vez, yo era la razón por la que nunca habían encontrado al asesino de Elena?

Mi reflejo en la pantalla negra del monitor me observaba con ojos que ya no reconocía. Había algo diferente en ellos, algo que no había estado ahí antes. Una comprensión terrible que apenas comenzaba a formarse.

### III

Casi no dormí durante una semana. Dedicué cada segundo a mejorar mi creación. Mi laboratorio se había llenado de cables, monitores adicionales y cámaras que, en mi obsesión, había instalado por toda la habitación. Si era cierto que estaba cometiendo estos crímenes durante mis lagunas de memoria, entonces tenía que documentarlo.

Había modificado el traje temporal para incluir una cámara de alta definición oculta en el pecho, sensores biométricos que monitorizarían mis signos vitales, y un dispositivo de localización que registraría cada movimiento. Manipular el tiempo te da una falsa sensación de que nada es definitivo. Si perdía el control durante el próximo viaje, al menos tendría datos para analizar.

A pesar de que me embargaba un miedo atroz, el cuarto caso tenía que ser el más importante: Elena. Había evitado este viaje por bastante tiempo, temeroso de las implicaciones. Pero ahora, con la evidencia acumulándose como una montaña de culpa, no tenía elección. Necesitaba saber la verdad sobre la muerte de mi hermana, sin importar cuán terrible fuera.

Conocía al dedillo cada detalle. Elena había salido de la biblioteca universitaria el 4 de agosto de 2010, a las 9:15 p.m. Su cuerpo fue encontrado en el parque Riverside a las 2:00 a.m. del día siguiente; estrangulada. No había testigos, no había evidencia física útil. Sólo un cuerpo y muchas preguntas.

Me puse el traje temporal modificado, verificando cada sensor y componente. Esta vez estaría preparado, esta vez tendría respuestas.

El viaje a 2010 se sintió diferente desde el principio. Había una resistencia en el aire, como si el tiempo mismo no quisiera ser perturbado. Emergí cerca del campus universitario, mis sensores ya registrando datos sobre mi ubicación y signos vitales.

Me sentía intranquilo, desde el momento en que vi la biblioteca, tal y como la recordaba del día trágico en que me avisaron del asesinato de Elena. Sacando fuerzas de flaqueza, me ubiqué en un banco desde donde podía ver la salida principal. A las 9:15 p.m., las puertas se abrieron y Elena salió.

Verla viva otra vez casi me destruyó. Mi hermana menor, vibrante y hermosa, caminando hacia su destino con una sonrisa inocente. Sentí las lágrimas rodar por mis mejillas mientras la observaba alejarse.

¡Esta vez sería diferente! Esta vez iba a salvarla.

Comencé a seguirla a distancia, manteniéndome entre las sombras. Mi plan



era simple: cuando Elena llegara al parque, la interceptaría y la convencería de que volviéramos juntos a casa. No permitiría que entrara al parque donde encontraría su asesino.

Mientras caminaba, algo extraño comenzó a suceder. El mundo parecía moverse más lento, como si estuviera viendo todo a través de agua. Los sonidos se volvían distantes y amortiguados. Poco a poco, sentí que el control sobre mi propio cuerpo se desvanecía.

Era sólo un pasajero en mi propia mente, observando mientras otra persona tomaba el control de mis movimientos. Mis pies se movían sin mi comando, acercándome más a Elena. Mis manos se cerraban y abrían sin mi voluntad.

«¡No!», traté de gritar, mas mi voz no obedecía. «¡Elena, corre!».

Pero Elena no podía oírme. Nadie podía hacerlo. Las palabras existían en mi mente, pero mi cuerpo realizaba acciones que no podía controlar. Lo último que recordaba con claridad era ver a Elena entrar al parque. Todo después de eso se perdía en una neblina roja de horror y confusión.

Desperté tres horas después, sentado en una banca al otro lado del parque. Mi traje temporal estaba sucio y mi ropa manchada y raída. Mi cabeza martillaba con ráfagas de dolor intenso, mis sienes latían con furia. Activé la secuencia de regreso con dedos temblorosos, rezando para que las cámaras hubieran capturado algo útil.

De vuelta en mi laboratorio, revisé de inmediato las grabaciones: en la pantalla, pude ver cómo seguía a Elena, mis manos cubiertas con guantes que no recordaba haberme colocado. Los movimientos en primera persona que capturó la cámara eran deliberados y predatorios.

Las grabaciones mostraban todo: cómo había

esperado hasta que Elena estuviera sola en el parque, cómo me había acercado en silencio desde atrás, cómo había... No pude seguir viendo. Tomé el cesto de la basura y vomité bilis verde y amarga.

Seguí explorando todos los demás datos. Los sensores biométricos mostraban anomalías extrañas durante el período de la laguna de memoria. Mi actividad cerebral había experimentado un cambio drástico, como si una parte diferente de mi mente hubiera tomado el control. Otros sensores de mi traje temporal registraban picos de energía electromagnética que no podía explicar.

Luego de horas de análisis, una teoría terrible comenzó a formarse. El Corrector Temporal no sólo transportaba mi físico al pasado. También creaba una conexión cuántica entre la conciencia del viajero y su contraparte temporal. El conocimiento de los asesinatos – aún futuros al momento del desplazamiento – «contaminaba» al yo que operaba en el pasado, creando un bucle causal donde el efecto precedía a la causa. En términos simples: cada vez que viajaba al pasado para prevenir un asesinato, mi conocimiento del crimen infectaba a mi yo del pasado y lo obligaba a cometerlo. Fui yo quien alteró la línea temporal, fui yo quien cometió los asesinatos que luego quise prevenir.

Caí de rodillas. Mi hermana podría haber vivido, pero había muerto sólo porque yo viajé al pasado «para salvarla». Yo era el asesino que había estado buscando durante quince años. Había matado a mi propia hermana, a Saray, a Camila y a Óscar. Todos habían muerto porque yo había tratado de salvarlos. La ironía era perfecta y horrible. El científico que había dedicado su vida a la justicia había terminado siendo el autor de las injusticias que trataba de corregir.

Miré el Corrector Temporal, la máquina del tiempo que había construido con tanta



dedicación. Las pulsaciones azules de su corazón diabólico me hicieron temblar. ¡Tenía que destruirla! Pero había un problema: si destruía la máquina, también destruiría la razón por la que había viajado al pasado en primer lugar. Los asesinatos desaparecerían, pero también desaparecería mi motivación para construir la máquina. Era una paradoja perfecta, un bucle temporal que no tenía resolución.

Me levanté con lentitud, mis piernas temblando bajo el peso de la verdad. Había una sola manera de terminar esto. Un único modo de cerrar el bucle para siempre. Pero primero, necesitaba hacer un último viaje.

#### IV

El Corrector Temporal pulsaba con suavidad en el centro del laboratorio. Había calculado las coordenadas temporales con toda precisión: 4 de abril de 2010, ocho meses después de la muerte de Elena; cuando apenas llevaba un mes construyendo la máquina.

Mi plan era simple en teoría, aunque la teoría también decía que debía ser imposible todo lo que estaba haciendo. Viajaría al pasado y destruiría la máquina antes de que pudiera ser completada. Esto crearía una paradoja temporal irreversible, pues sin máquina, no habría viajes al pasado, y sin viajes al pasado, no habría asesinatos que motivaran su construcción.

No tenía muy claro cómo respondería el universo ante una paradoja tan fundamental, mi mejor hipótesis era que me vería atrapado en un bucle eterno: el bucle San Martín.

Me puse el traje temporal por última vez, verificando cada detalle con la meticulosidad de un condenado preparándose para su ejecución. Un martillo completaba mi

equipamiento, la herramienta más simple y efectiva para destruir el Corrector Temporal.

«Perdóname, Elena», murmuré, tocando la fotografía enmarcada sobre mi escritorio. «Ojalá hubiera una manera de salvarte sin condenarme».

El viaje al pasado se sintió más violento que nunca. El espacio-tiempo se resistía, como si supiera lo que planeaba hacer. Cuando por fin emergí en mi laboratorio de 2010, la máquina, sin terminar, estaba rodeada de las herramientas y componentes que recordaba haber usado.

Mi yo de ese momento del pasado no debería estar en el laboratorio, recordaba que había salido esa noche a comprar más cables superconductores. Tenía quizás una hora antes de que regresara.

Levanté el martillo, pero cuando traté de golpear la máquina, mi brazo se congeló en el aire. Una fuerza invisible me detuvo, como si el tiempo mismo estuviera protegiéndose de la paradoja.

—No puedes destruir lo que ya has creado —dijo una voz familiar detrás de mí.

Me volví y me encontré cara a cara conmigo mismo. Pero este otro Eloy era diferente, sus ojos parecían vacíos y sin vida, con la expresión ajena de alguien que ya no es del todo humano.

—Debo destruir el Corrector Temporal —le dije.

—No puedes, es imposible. Hemos vivido este momento incontables veces. Hemos intentado romper el bucle durante una eternidad y hemos fallado cada vez.

Miré alrededor del laboratorio y noté detalles que no había visto antes. Había múltiples versiones de la máquina en diferentes etapas de construcción, como si varias líneas temporales estuvieran colapsando en un único punto. En las sombras, pude vislumbrar otras figuras que resultaron ser más versiones



de mí mismo, todas atrapadas en el mismo bucle infinito.

—Cada vez que vienes aquí —continuó el otro Eloy— creas una nueva iteración del bucle. Cada vez que tratas de destruir el Corrector Temporal, sólo fortaleces la paradoja que te mantiene atrapado. Hemos estado haciendo esto durante... no sé cuánto tiempo. El tiempo ya no tiene significado aquí.

—¿Entonces nunca terminará? —pregunté con voz quebrada.

—El bucle es perfecto. —La voz monótona del otro doctor San Martín recitaba la explicación como quien conoce de memoria una frase a fuerza de repetirla muchas veces—. Construyes la máquina para salvar a Elena. Matas a Elena porque construiste la máquina. Descubres que mataste a Elena y tratas de destruir la máquina. Pero no puedes destruir la máquina porque entonces no habrías tenido razón para construirla. Y así, por toda la eternidad.

Todo rastro de fuerza abandonó mi cuerpo. El martillo golpeó el suelo con un estruendo. Por primera vez en mi vida, mi mente científica no podía encontrar una solución. Había creado el problema perfecto, una paradoja que se alimentaba de mis propios intentos de resolverla.

—Sé que me preguntarás si hay forma de escapar, créeme, hemos probado todo. Destruir la máquina, destruirnos a nosotros mismos, incluso intentar advertir a nuestro yo del pasado. Pero la iteración del bucle siempre se completa. Siempre terminamos aquí, en este momento, con el peso de la verdad quebrándonos nuestra espalda.

Miré las múltiples versiones de mí mismo que poblaban las sombras del laboratorio. Algunos estaban llorando, otros parecían gritar, aunque ningún sonido brotaba de sus bocas, otros nada más miraban al vacío con expresión derrotada. Todos habían llegado al mismo punto de desesperanza.

Entonces, en ese momento de absoluta tristeza, tuve una revelación. Había estado pensando en esto de manera incorrecta. No se trataba de romper el bucle. Se trataba de controlarlo.

—Espera —dije mientras levantaba el martillo del suelo—. ¿Qué pasaría si en lugar de tratar de destruir la máquina... no la construyera?

—¿Qué quieres decir? —Mi otro yo me miró con una expresión que no pude descifrar.

—El bucle funciona porque, en cada iteración, termino por descubrir la verdad y trato de romperlo. Pero, ¿qué pasaría si hubiera una versión de mí mismo que nunca llegara a esa conclusión? Una versión que permaneciera ignorante para siempre.

Todos mis *alter ego* comenzaron a prestar atención. Había algo en mi voz que no habían escuchado antes. Una comprensión diferente, una solución que no habían considerado.

—Puedo volver a intentar —continué— pero no para destruir el Corrector Temporal, sino para asegurarme de que mi yo del pasado nunca descubra la verdad. Puedo sabotear sus investigaciones, destruir evidencia, hacer que los casos parezcan resueltos. Si nunca sospecha que él es el asesino, nunca intentará hacer este viaje.

—Pero eso significaría...

—Que los asesinatos continuarían —terminé, interrumpiendo a mi *alter ego*—. Que Elena permanecería muerta, que Saray, Camila y Óscar permanecerían muertos. Que me convertiría en cómplice de mis propios crímenes.

—No sólo ellos seguirían muertos, también todas las demás personas que en otras iteraciones hemos elegido como casos de prueba. Nuestros asesinatos no se reducen a cuatro personas, han sido miles.

El silencio llenó el laboratorio. Todas las



versiones de mí mismo consideraron las implicaciones de lo que estaba proponiendo.

—Es la única manera —dije, por fin—. No puedo salvar a las víctimas. No puedo evitar los asesinatos. Pero puedo evitar que el próximo Eloy descubra la verdad.

La cara —mi cara— que tenía enfrente me miró con una mezcla de horror y comprensión.

—¿Sabes lo que estás proponiendo? No sólo serías el autor de los asesinatos, te convertirías en su cómplice y su guardián. En su protector.

Asentí. Mis otras versiones comenzaron a susurrar entre las sombras, un coro de voces quebradas debatiendo sobre mi plan. Pero yo ya había tomado mi decisión.

—Muy bien —dijo el doctor San Martín delante de mí—. Pero hay algo que debes saber antes de intentar esto. Algo que descubrí en algún punto luego de muchas iteraciones.

Se acercó a uno de los monitores y activó una grabación que no había visto antes. En la pantalla apareció una imagen granulada de mi laboratorio, pero desde un ángulo extraño, como si la cámara estuviera escondida.

—Esta es una grabación de mi primera construcción de la máquina —explicó—. Mira la fecha.

En la esquina superior izquierda pude leer: 15 de enero de 2005. Cinco años antes de la muerte de Elena.

—Eso es imposible —murmuré—. Elena murió en 2010. Yo construí la máquina después de su muerte para salvarla.

—¿Estás seguro? —El otro Eloy sonrió con una expresión que me heló la sangre—. ¿O construiste la máquina porque sabías que ibas a matarla?

La habitación comenzó a girar. En la grabación, me vi a mí mismo trabajando febrilmente en los primeros componentes de la máquina, pero mis movimientos tenían una cualidad robótica y alienada, justo como se comportaba mi *alter ego*.

—La verdad más oscura —continuó el otro yo—, es que nunca fuimos las víctimas de la paradoja. Fuimos sus arquitectos conscientes. Siempre supimos lo que íbamos a hacer. La máquina del tiempo no nos infectó con conocimiento del futuro... nos liberó para actuar de forma impune.

—¡No! —grité—. ¡No puede ser! Yo amaba a Elena. Jamás la habría lastimado intencionalmente.

Me abalancé sobre el escritorio, y tomé el cuadro que se posaba sobre él. En la fotografía de Elena, su sonrisa parecía haberse desvanecido, como si por fin supiera quién era en verdad su hermano.



Pie en el 3, un grito y  
salta otra vez...







# SYMBIOCORE®

*Frank Herrera*  
**@frankherrera\_escritor**

**P**RIMERO FUERON LAS RATAS, LUEGO LOS cerdos. Después, unos cuantos voluntarios en India, donde las leyes de bioética eran más bien sugerencias. Los ensayos funcionaron y la inflamación bajaba, las alergias desaparecían prácticamente sin dejar secuelas. Las deposiciones eran regulares, casi inodoras, casi poéticas. Ya entonces salió a la luz pública.

El doctor Venner era un microbiólogo, anti-humanista de texto, él fue quien propuso lo impensable. Se lo dijo a una periodista en plena transmisión del telediario mañanero:

–Si todos compartimos la misma microbiota,

podríamos tratar cualquier enfermedad de raíz con el mínimo esfuerzo y el máximo resultado.

–¿Se refiere a compartir el contenido intestinal? –quiso preguntar la periodista para que la audiencia supiera las implicaciones de la propuesta, intercalando miradas entre Venner y la cámara.

–Ya lo hemos probado con humanos, no es teórico ni vengo a prometer castillos aéreos, señora.

Venner no era un loco, pero era obsesivo. Su tesis doctoral fue una biblia de ochocientas páginas sobre la microbiota como código



cultural. Decía cosas como que nuestra mierda hablaba por nosotros y que el libre albedrío terminaba en el esfínter. Que el progreso era una cloaca compartida. Ese era el tipo de frases célebres que sus fanáticos más jóvenes imprimían en camisetas. Primero lo ignoraron, luego lo odiaron. Finalmente lo financiaron, como suele suceder en estos casos.

Se fundaron clínicas en las que se pasteurizó caca en cantidades enormes. Se le dio nombre de marca: SYMBIOCORE®, que muy pronto comenzó a cotizar en la bolsa. Hubo cápsulas al inicio, después se crearon enemas. Luego, los «Transplantes Directos de Microbiota» que no eran más que una enfermera con la mano enguantada pasando materia fecal de un ano al siguiente.

Los resultados fueron inmediatos y los titulares se llenaron de niños que dejaban de tener asma, mujeres menstruaban sin apenas dolor, la tasa de suicidio se redujo a un mínimo histórico. Parecía que los intestinos se hablaban entre sí en un idioma nuevo y coordinado que prometía ser el fin de los problemas sanitarios de la humanidad.

Como también suele suceder en estos casos, al poco tiempo el proceso se volvió obligatorio. La OMS emitió la resolución: un bioma global estandarizado. Las fronteras intestinales habían caído y los cuerpos ya no eran naciones independientes, había nacido una nueva era de colonización bacteriana.

Pocos días después de haberse sincronizado con el Papa en una ceremonia televisada desde el Vaticano, Venner murió de un infarto a sus 63 años. Lo embalsamaron en formol y lo enterraron en una cápsula de gel fecal para preservar su legado. Encima de su tumba, una estatua lo representaba con una jeringa en una mano y un frasco de heces en la otra. El mundo lo adoraba como a un dios, como

suele ocurrir. Pero el infierno se fermenta lento y seguro.

Los primeros en caer fueron los niños. No por débiles, sino por la velocidad de sus metabolismos. Tenían sistemas inmunes tan afinados al nuevo bioma que cuando surgió la primera desviación –una bacteria salvaje, una mutación espontánea de un capricho evolutivo inevitable– sus cuerpos no supieron cómo reaccionar.

Los intestinos infectados se les retorcían como serpientes en ácido. Las heces salían negras, espesas, con olor a óxido y muerte. La mayoría de los pequeños pacientes gritaban y convulsionaban antes de caer en coma. Era un espectáculo de película que varios empleados de salud filmaron, en la clandestinidad, con sus dispositivos móviles con la esperanza de poder venderlos algún día para un documental.

Después vinieron los adultos. Eso ya preocupó a los millonarios. Los síntomas eran más lentos, pero más crueles: la piel se les llenaba de burbujas, como si su sangre comenzara a hervir. Eran dolorosísimas ampollas translúcidas, llenas de colonias enteras de bacterias nuevas e imparables para los sistemas de defensas modificados. A veces, alguna de esas ampollas se reventaba en plena reunión familiar. También circulaban muchos de esos videos en la red.

Los noticieros hablaban de «una disfunción adaptativa temporal». Venner estaba muerto, así que lo convertían en mártir y no en responsable. Los gobiernos nacionales, como siempre, tardaron demasiado en entender que todo se había ido al carajo. De hecho, los trasplantes continuaban. Había centros de transferencia exprés en supermercados, parques, iglesias.

Y aun así, en el silencio, el bioma mutaba. Porque lo que Venner no entendió, o no quiso aceptar, es que la vida desea el caos y las



bacterias no quieren orden; quieren expandirse, mezclarse, adaptarse. Estas fueron las frases que nadie imprimió nunca en una camiseta.

Las nuevas enfermedades se multiplicaron a tal ritmo, que dejaron de bautizarlas. Hubo algunas al principio: la espeluznante Lengua Verde o el asqueroso Reflujo Ardiente, pero luego de la quinta o sexta patología todo era simplemente llamado «La enfermedad». Tu cuerpo dejaba de ser tuyo para convertirse en terreno de pestes con evacuaciones continuas, espontáneas y muy dolorosas.

Como suele suceder, muchos encontraron el negocio tan lucrativo como efímero. Se diseñaron pañales inteligentes, desodorantes ambientales ultrapotentes y cubículos para morir sin olor. Algunos intentaron revertir el proceso autoinduciéndose diarreas para limpiar el cuerpo, nunca funcionó. Todos murieron deshidratados y extenuados sobre sus excusados.

La humanidad había pasado de tener un sistema inmune tradicional a un protocolo compartido, y cuando este falló todos cayeron al mismo tiempo. La estadística se volvió poética: si uno muere, todos mueren. Esto tampoco estuvo en camisas, pero sí en algunos grafitis callejeros.

El sueño de Venner se había cumplido: éramos uno y, justo por eso, estábamos jodidos.

Los sobrevivientes eran unos pocos que apenas persistían. Los últimos humanos eran aparatos amorfos, sucios y febriles. No tenían nombres ni edades, solo funciones rudimentarias: arrastrarse, gemir, supurar. Dormían entre charcos de exudado intestinal. Se alimentaban de cualquier cosa que encontraran en el suelo, incapaces de cazar o recolectar. Las úlceras en todo el cuerpo se abrían y cerraban como bocas hambrientas.

Muchos habían perdido los ojos. Les colgaban

como uvas pasas desde las cuencas podridas. Otros los mantenían, pero veían todo con manchas púrpura, como si el resto del mundo se estuviera descomponiendo a través de su córnea.

Vivían en edificios abandonados intentando resguardarse de la luz que les causaba un ardor imposible. Sin limpieza ni salubridad de ningún tipo, las paredes parecían respirar llenas del moho que crecía imparable.

Cada noche salían en procesiones desordenadas, filas de sombras viscosas, cuerpos que eran más bultos que formas humanas.

Un grupo se dirigió a la plaza central donde estaba la estatua de Venner, arrastrando sus intestinos colgantes como ofrenda.

Y allí estaba Venner, erguido, brillante, eterno. Pero ya no era solo bronce, la estatua había comenzado a mutar. Quizás el bioma, tan homogeneizado, había buscado un nuevo recipiente. La estatua de Venner sudaba, respiraba, tenía pequeños granos rojos que se movían.

Uno de los infectados, que aún podía hablar con coherencia, se arrodilló ante ella. Su abdomen se hinchaba y deshinchaba como un acordeón.

—Hazme parte de ti.

Y entonces su cuerpo se abrió. La piel se desgarró desde el ombligo hasta el cuello, como si un cierre invisible lo partiera por la mitad.

Dentro de su cavidad torácica, las bacterias comenzaron a ebulir y trepar por los pies de la estatua.

Los demás miraban en silencio ceremonial. Alguno defecó en el acto, por impulso, como si la solemnidad le exprimiera el intestino.

Una mujer comenzó a convulsionar, le brotaron apéndices deformes desde la



espalda hechos de tejidos carnosos entrelazados. Se arrastró hacia la estatua como un cangrejo invertido. Del abdomen, una abertura parecía una risa de la que brotaban fluidos viscosos y putrefactos y la cara escupía larvas vivas.

El bioma se estaba transformando en una conciencia, una nueva construida sobre millones de cuerpos en descomposición sincrónica.

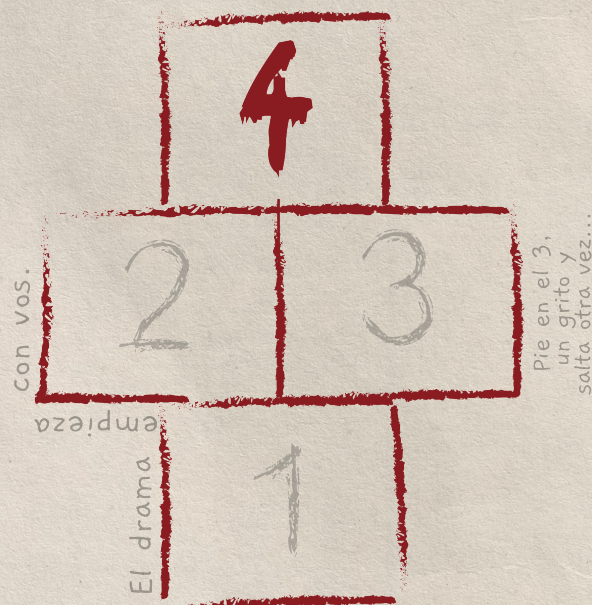
Mientras los cuerpos seguían acercándose imantados a la estatua de Venner, una mujer

embarazada cayó de rodillas. Su abdomen se partió como una fruta madura y parió un saco de bacterias envuelto en placenta, que también se arrastraba. Al tocar la estatua, se disolvió lentamente, volviéndose una masa orgánica brillante. Uno a uno, los humanos fueron absorbidos para unirse a esa estrella orgánica de bronce palpitante.

Y así terminó el proyecto, en una digestión global. La humanidad fue una sola, una masa fermentada. Y desde las ruinas, el mundo volvería a nacer.



el demonio está en TU cuarto





A detailed anatomical engraving of a human heart, showing its complex network of arteries and veins. A hand is shown holding the heart from the right side, with fingers wrapped around it. The background is a light, textured surface with faint, illegible text.

# A Quemarropa

*J.P. Hernández*  
**@jphernandez\_escritor**

**É**L LLEVABA LA CUENTA DE LOS DÍAS VIVIDOS hasta hoy. Todas las noches sumaba, tenía años haciéndolo. Cuenta inequívoca. Internet ayudó, por supuesto. «Gugleó» cuántos días hay de tal fecha a tal fecha y le impactó saber el conteo de los días de su vida, desde entonces no paraba de sumar. ¿Cómo iba a restar si no sabemos la fecha de nuestra muerte de antemano?

Llevaba 12 208 días. Era joven y sano, pero de un tiempo para acá, cada vez que cerraba los ojos se imaginaba qué se sentiría recibir un disparo. La maldita televisión y el corrosivo

cine le habían mostrado muchos disparos y explosiones, imposibles de contar.

¿Qué se sentiría recibir un balazo en el ojo a quemarropa? ¿Se sentiría caliente mientras la bala perfora el globo ocular y la sangre salpica el rostro? Pero, en realidad, ¿cuánto se sentiría antes de que el proyectil perforara el cerebro? Ha habido casos donde la bala entra al cráneo y rebota como una bola de goma entre el cerebro y las paredes craneales sin que haya muerte de la víctima ni mayores consecuencias incapacitantes de algún tipo.

¿Qué se sentiría recibir un balazo en la frente a quemarropa? ¿Cuánto dolor podría sentirse



mientras la bala penetra el duro hueso frontal? ¿Cómo se sentiría la bala cruzando las diferentes capas internas del cráneo? Incluso, desde el mismísimo comienzo con la quemadura de la piel antes de que sea horadada por la bala. ¿Cómo se sentiría?... Y cerraba los ojos solo para imaginarse el cañón de una 9 mm a un meñique de distancia.

¿Qué se sentiría recibir un balazo en la sien a quemarropa? Todo era a quemarropa, para no dejar la mínima posibilidad de sobrevivencia en él. Sin querer morir, deseaba experimentar qué era estar muerto. Qué era no seguir en este plano existencial sin sus preocupaciones y sinsabores. Sin la angustia ni la ansiedad de desconocer el mañana. Todo lo desconocemos y lo que hemos vivido, lo que él ha vivido (12 208 días exactos) son casi igual de desconocidos. ¿De cuántos días realmente se acuerda el ser humano? En 20, 30, 40 o en apenas 5 años de existencia, ¿cuántos realmente recuerda una persona?

¿Por qué se mide la vida en años y no en días? ¿Para evitar el horror de saber que son demasiados días en los que la existencia de nosotros ha sido insustancial? ¿Para qué seguir viviendo? Luego, él que ha vivido 12 208 días recuerda que hay personas en una situación económica, social y familiar peor que la de él. Él tiene familia, tiene descendencia que no quiere abandonar con su muerte porque eso sería demasiado egoísta de su parte y no quiere llevarse ese peso consigo al siguiente plano existencial, si es que hay uno.

¿Qué ha hecho él de relevante? Los ahorros que acumuló durante años se están agotando más rápido de lo que pensaba. No se le ocurren ideas brillantes que lo alejen de la pobreza a la que tanto teme... temor, miedo, angustia... está cansado de vivir con esos sentimientos mezclados en su pecho, sazonados con el terrible picante de la

insuficiencia, de la incapacidad, de la inutilidad.

Al parecer, cada vez que cierra los ojos y ve el cañón onírico apuntándole a quemarropa, dispara balas de amnesia, haciéndole olvidar las dulces palabras de su hijo, de su mujer; las alentadoras palabras de sus amigos y compañeros de trabajo. El olvido es un agujero negro impulsado por la realidad que succiona todo lo positivo que pudiera tener una persona.

Teniendo 12 208 días en este mundo, la noche de ese día 12 208, volvió a soñar apenas cerró los párpados, que un cañón 9 mm le apuntaba el corazón a quemarropa. Una mano desconocida, porque siempre era la mano de un tercero sin rostro, haló el gatillo. Sus oídos dolieron por la explosión tan cercana. Frunció los párpados cerrados y arrugó la cara. Abrió la boca para expresar dolor en una especie de gruñido salvaje, agonizante. Su garganta se enmudeció. Todo fue tan rápido, que sólo los momentos finales fueron lo único que pudo sentir.

La bala ya había atravesado la piel y el músculo. La costilla quebrándose y astillándose, rasgando el tejido muscular que la bala no había dañado, eso sí pudo sentirlo. Atormentador dolor. El brazo izquierdo le hormigueó como si hormigas de fuego recorrieran sus venas cual hormiguero en la selva amazónica.

No tuvo tiempo para reparar en eso. La boca se le secó de repente y fue cuando la bala empezó a penetrar la carne del corazón. Ese músculo hueco que recibe y eyecta sangre, que bombea la vida del organismo que no sabe cuál es su razón de ser y, mucho menos, si vale la pena mantenerse bombeando. Pero ahí estaba la bala entrando en plena recepción de sangre, el corazón bien henchido para dejar el flujo sanguíneo ingresar en sus cavidades. Plof. Se desinfló. La



sangre salió por doquier, disparada con fuerza dentro de su costillar y por el agujero que creó el proyectil en su pecho.

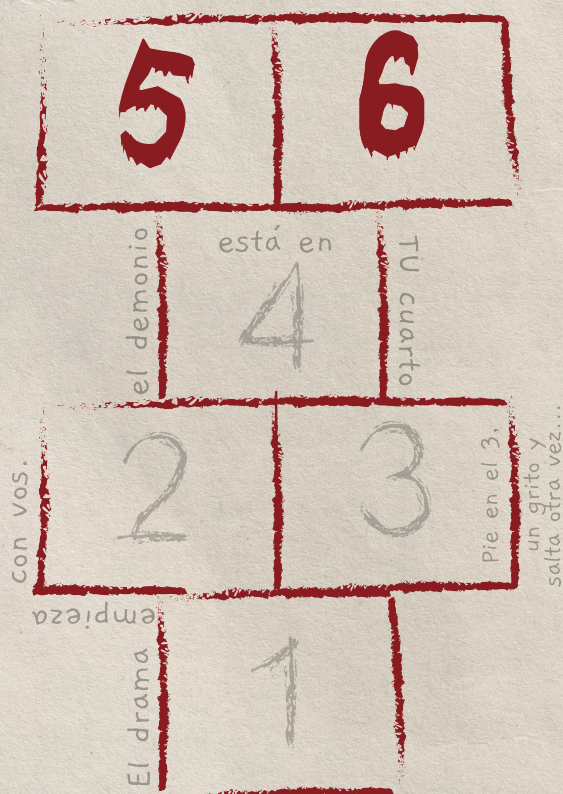
El corazón, cuero vacío e inerte, empezó a palpar de nuevo. Sin aceptar sangre, sólo daba pulso como las patas que se mueven en una cucaracha decapitada que guardan todavía ese reflejo. Palpitó. Pum, pum. Pum, pum. Y empezó a reptar a través del hoyo creado por la bala 9 mm, vio luz por fin en una ventana redonda en el pecho de su dueño. El corazón se movía serpenteando y cada palpar era un avance hacia fuera de su prisión pectoral. Lo hacía con esfuerzo, pues no venía solo. No. Por supuesto que no. Traía arrastrado consigo todo el sistema circulatorio del hombre que vivió 12 208 días. Las venas y las arterias se deslizaban por los canales que habían creado en los músculos que debían irrigar y dar vida. Lo hacían de forma silenciosa, de no ser por ese sonido viscoso del deslizarse en carne muerta y húmeda todavía.

Una vez fuera las venas, arterias y vasos capilares, que juntos en una línea son capaces de darle dos vueltas y media al planeta, se acostaron encima del cadáver. El corazón estaba cansado. Quería hacer más, pero estaba exangüe. Ya aquello era un evento titánico, no podía hacer más. Se acostó el corazón con todo el cableado suyo y cerró los ojos. Sin embargo, apenas fue un parpadeo porque los abrió de nuevo para enfrentarse al día 12 208 de su dueño, el último. Otra vez.

Y éste, en su espíritu, cada noche cerraba los párpados en la noche número 12 208 de su vida, sin perder nunca el conteo diario que ya se había detenido sin darse cuenta, justo en la noche en que recibió un disparo a quemarropa en el corazón y nunca entendió que el gatillero fue el estrés y la ansiedad.



¡de rodillas! a obedecer







# #LaVirgendelMar

*Jonathan Córdoba*  
**@jonathan\_cordoba\_escritor**

SU CARA, REPOSTADA EN LA VENTANA caliente, miraba el mar imponente. Pensaba que hasta el más inofensivo *tsunami* sería capaz de borrar la pequeña franja de tierra que transitaba.

Emma LeClerc descendió del autobús con una sonrisa fresca y los hombros chamuscados por el sol nicaragüense de los días anteriores. Acariciaba el collar de conchas que le había regalado su madre años atrás. En una de ellas, la palabra *Mère* estaba tallada. El calor de Puntarenas la envolvió como una lengua de aire húmedo, cargado de sal y estero; con ese dejo agrio de

pescado viejo y bronceador que se metía por la nariz y no se iba. Era julio y había llegado justo a tiempo para la celebración de la Virgen del Mar.

Lo había leído en un blog de mochileros: «Imperdible. Alegre. Auténtico». Emma vivía para esas palabras. Desde que comenzó su travesía por Centroamérica, buscaba esos lugares donde el turismo invitara a visitar, donde las sonrisas de sus habitantes fueran reales y las historias, mágicas. Puntarenas le pareció perfecto: caluroso, pintoresco, profundamente costarricense.



Emma no era una viajera improvisada, hablaba muy bien el español, además de otros dos idiomas. A sus 26 años, contaba con más de medio millón de seguidores en su cuenta de viajes y estilo de vida: *Wander Witch*. Sus videos combinaban paisajes, reflexiones y atuendos ligeros. Su estética era fresca, natural, como si cada video o captura saliera a la primera, aunque dedicara horas a grabar y editar cada video o fotografía. Había partido de Vancouver cinco meses atrás, decidida a llegar a Tierra del Fuego sin tomar un solo avión. Documentaba cada etapa del viaje y Costa Rica era una escala más en su travesía hacia el sur. Viajaba sola porque prefería no hacer compromisos. Eso se vendía bien: la chica bonita y libre, valiente, en busca de lo desconocido.

Se instaló en una pensión frente al mar que había encontrado en Airbnb. «Rústica y auténtica», decía la descripción. Una casa de madera azul celeste con detalles amarillos y muchos adornos artesanales. El ventilador sonaba como un grillo asmático, que de vez en cuando parecía querer despegarse de su base. Por las noches, la brisa del golfo entraba con olor a sal y camarón. Desde su ventana podía ver el muelle extenderse como una lengua de concreto hacia la bahía. Más allá, los barcos pesqueros cabeceaban y un faro rojo y blanco decoraba el extremo oeste del puerto, como un centinela distraído. Cada tanto, el ferry a Paquera partía, dejando un zumbido largo y grave que se desvanecía en la bruma del Pacífico.

Grabó una historia para Instagram con los filtros cálidos que usaba para los pueblos costeros, etiquetando el lugar: #Puntarenas #VirgendelMar #PuraVida. Esa noche escribió en su cuaderno de viaje: «Este lugar es distinto. Hay silencio en el aire, como si todos supieran algo que yo no».

A la mañana siguiente, bajó a desayunar. En

Nicaragua, había probado el gallo pinto y, cuando hizo un *reel* sobre eso, inició una polémica con sus seguidores costarricenses acerca de la verdadera nacionalidad del platillo; fue así que buscó donde comprarlo junto con algo de fruta.

De regreso a su hospedaje posó la mirada en la playa. Sentado junto a un bote invertido, se encontraba un hombre mayor con escasos cabellos blancos, tejiendo unas curiosas redes; con manos nudosas y piel acartonada por el sol. Se le acercó. Tenía la mirada clara, pero las pupilas oscuras como pozos. Para ganarse su confianza le ofreció un mango y lo saludó en español pausado.

—No siempre fue la Virgen —le respondió con voz rasposa—. Antes, el mar tenía otro nombre. Y otra hambre.

Emma sonrió, pensó que le hablaría de folclore. Sacó su celular y grabó un fragmento del relato. El hombre no se molestó. Más bien parecía satisfecho de que una extranjera le prestara atención.

—¿Y cómo celebran a la Virgen? —preguntó ella.

—Con canto, con fuego... y con lo que ella nos pida ese año. Siempre pide algo diferente.

La chica dejó de grabar al sentir que quizá el anciano no estaba del todo cuerdo y prefirió regresar a su cuarto antes que se enfriara el desayuno.

Esa noche escuchó los primeros cánticos. No eran misas ni guitarras. Eran susurros al viento —guturales— en un idioma que no reconocía. La curiosidad la obligó a salir de la cama. Al asomarse por la ventana vio una fogata en la playa junto a varias figuras bailando en círculos. Todos llevaban collares de conchas y se movían como olas humanas. Sacó su teléfono y grabó desde lejos. Sin embargo, como si se percataran de que eran grabados,



apagaron la fogata y se retiraron. Entonces, desistió de hacer una publicación a esa hora.

Al día siguiente, fue al mercado central a grabar contenido gastronómico: ceviche servido en bolsas plásticas, camarones vivos, pescados con ojos lechosos puestos sobre hielo derretido, caldosas. Entre locales, una anciana cargando enteros de lotería la tomó del brazo. Tenía los ojos nublados y la piel como cuero mojado.

—No estés cerca del mar... cuando suene el tambor de concha —dijo en voz baja.

—¿Perdón?

—No volvés la mirada. Si lo hacés, ya te habrá visto.

—¿A qué se refiere?

—¡Lleve lotería para hoy! ¡Lotería, Chances, Raspas! ¡Lotería!

La mujer desapareció entre los puestos antes de que Emma pudiera preguntar más.

Grabó mucho material: entrevistas, transmisiones en vivo, *reels*. La sensación del lugar hizo que olvidara las palabras de la chancera. Se devolvió a su hospedaje solo cuando la batería de su teléfono no pudo más.

De camino observó en algunos puestos callejeros lo que parecían ser figuras talladas en madera y conchas: mujeres con bocas en el vientre, ojos en espinas de pescado. También notó que muchas imágenes de la Virgen María no tenían el aspecto usual: bocas que asemejaban las de un pez e incluso podría jurar que parecían mostrar algo muy similar a tentáculos bajo el manto. Supuso que era artesanía local. Supuso mal.

El día de la procesión estaba claro y sin viento. El mar, inmóvil. Las calles estaban decoradas con redes colgantes, estandartes celestes con amarillo y figuras marianas hechas con conchas marinas. La imagen de la Virgen era

llevada por los porteños al muelle con solemnidad, entre rezos y cantos.

Emma fue invitada a una de las barcas decoradas con flores, redes, cruces de palma. En la proa, la imagen de la Virgen lucía una corona hecha de pequeños caracoles. Emma era la extranjera del momento. El capitán del barco le dio el honor de llevar su gorra oficial en la cabeza. Todos le sonreían con extraña amabilidad. Todos se movían como si ya supieran el desenlace.

La caravana de barcas y lanchas echó a andar agitando de forma rítmica las aguas. Las embarcaciones de los bomberos cruzaban chorros de agua en un espectáculo hipnotizante. La mar se teñía de globos coloridos que se desprendían de los navíos. Emma sostenía un globo amarillo y, emulando a un niño que viajaba en la lancha vecina, lo soltó para que el viento se lo llevara. Lo siguió con la vista hasta percatarse que, mar adentro, el azul del cielo mutaba a un gris ominoso.

La caravana seguía su camino. Emma realizaba una transmisión en vivo, mostrando con orgullo la gorra del capitán y lamentando no poder mostrar su traje de baño debido al chaleco salvavidas rojo que llevaba puesto. La lluvia de comentarios en la pantalla la distrajeran, hasta que uno de ellos acaparó toda su atención: *¿Hacia dónde van las otras embarcaciones?*

La barca en que viajaba tomó otro rumbo junto a tres pequeñas lanchas. Emma terminó la transmisión y caminó hasta el capitán para preguntar por el cambio de dirección.

—El ferry tuvo problemas y nos pidieron ayuda —alegó con una sonrisa—, veremos si podemos ayudarlos. Descuida, pronto nos uniremos a los demás.

Emma tomó asiento y trató de reiniciar la transmisión. El golpe de una ola le hizo soltar el teléfono y caer. La mezcla de agua y sal en el piso le hacía imposible manipular la



pantalla táctil, además de los nervios que se iban apoderando cada vez más. No encontraba nada que sirviera para secar la pantalla. ¡La gorra! ¡Sí, la gorra del capitán! Con ella pudo secar la pantalla y volver a tratar de transmitir, pero ahora la distancia afectaba la señal del internet.

Se desentendió tanto de su alrededor que no había notado que los cánticos marianos en su barca ahora sonaban diferentes. Las lanchas a su alrededor tenían sus nombres escritos en una lengua extraña y las redes que las adornaban tenían el mismo patrón curioso que tejía el anciano aquel día en la playa.

Mar adentro, el ambiente cambió. Los cánticos se volvieron graves e irregulares, descompasados. Las mujeres comenzaron a llorar. El capitán, al timón, ya no sonreía. Emma ya no sabía si esto era parte de la celebración y su mente trataba de fabricar una explicación lógica antes de entrar en pánico.

—Ella te eligió —dijo el capitán sin mirarla—. Este año pidió carne extranjera.

Emma gritó, pero nadie reaccionó. Seguían cantando con la mirada hacia el mar. Intentó saltar hacia el agua, pero el teléfono le indicó que la transmisión había empezado y aprovechó para pedir ayuda. Un grupo de hombres se levantó y la sujetó con algas secas y collares de conchas. El teléfono cayó bajo uno de los asientos. La pusieron de pie y le adornaron su cabeza con la corona de la virgen. Emma miró con horror el rostro de la imagen. No era un rostro humano.

El tambor de concha sonó y luego el capitán, con los ojos en blanco, sopló un enorme cuerno marino. El navío se estremeció. El mar se abrió como una boca gigante, emitiendo un sonido antinatural.

Arrojaron a Emma adentro. Las olas la tragaron.

Lo último que vieron sus seguidores: diez segundos de una sonrisa nerviosa, noventa segundos de gritos a oscuras y luego... solo el sonido del tambor y el cuerno.

Su desaparición provocó la llegada de muchos *influencers*, que intentaban dar con su paradero. Sin embargo, con el pasar de los días, regresaron a sus países sin la menor pista.

Un joven español decidió permanecer unos días más y sacar provecho a su dron para recorrer la orilla de la playa en busca de algún indicio que desvelara el destino de la chica. Cuando aceptó que era inútil seguir con la búsqueda, decidió grabar algunas tomas para su blog y dirigió el dron hacia un niño que escarbaba ávido en la arena y desenterraba algo. Era el trozo de un collar roto. Tenía una palabra grabada en francés: *Mère*. El niño miró al dron para luego esgrimir una sonrisa cómplice.

Y ese año, el mar estaba en calma otra vez.









# Boca del Infierno

*Sussy Carballo*  
@sussychx

**D**URANTE VARIAS NOCHES CONSECUTIVAS Los Buscadores estuvieron reuniéndose en la Cueva de Piedra, un refugio subterráneo de origen natural que había sido destinado por su propietario para actividades ocultas, lejos del ojo público. Con una entrada difícil de detectar, daba acceso a un pasillo estrecho que llevaba a cámaras amplias iluminadas por antorchas que Los Buscadores, cómo se hacían llamar Javier y Sara, habían colocado en ciertos sectores.

El lugar estaba ubicado estratégicamente en un sector de la propiedad de Javier, un

empresario adinerado que, junto con su amiga Sara, compartía la pasión por desentrañar los misterios de lugares o artefactos considerados de su interés.

En una de las tantas sesiones que organizaban en secreto, habían estado analizando fragmentos de unos artículos de periódicos que hallaron dispersos en un archivo polvoriento cuando visitaron el edificio conocido como Diamante Negro: una moderna ampliación de la Biblioteca Real en Copenhague, capital de Dinamarca. Su diseño arquitectónico de granito pulido dejaba entrever un curioso contraste entre su fachada



imponente y el atrio de vidrio transparente que lo atravesaba.

Los fragmentos hablaban de una comunidad aislada, devota de deidades oscuras con sus propias costumbres y creencias que la hacían enigmática. Ambos camaradas estaban dispuestos a descifrar si los rumores eran ciertos o solo un mito. Cada trozo de papel era estudiado con detenimiento para hallar pistas sobre la comunidad perdida.

El peso y la incertidumbre se percibían en cada conversación.

—Cada vez siento más fascinación por este caso. Al parecer el relato de la comunidad perdida se llegó a saber por un hombre que fue rescatado por unos turistas cerca de la reserva natural Laguna de Apoyo del volcán Masaya —expresó Javier con entusiasmo.

—Déjame revisar el mapa. Según esa información estaría a cuarenta y dos kilómetros de Managua, entre los volcanes Masaya y Mombacho. Pero de acuerdo con este otro pedazo de artículo que hallé, el señor mencionó una grieta en la «boca del infierno». Eso nos ubica específicamente en el Masaya, porque así conocen a ese volcán —aclaró Sara.

—No lo sé, hay tanto secretismo. Es poca la información. Lo único que tenemos hasta el momento es la historia de la existencia de un pueblo perdido, así como el asesinato del hombre y los turistas que lo hallaron luego de haber dado las declaraciones. Pero nada más.

No obstante, la intriga se acrecentaría con la revelación de un misterio que cambiaría la percepción de Los Buscadores sobre la comunidad perdida. Un pequeño pedazo de piel ensangrentado con símbolos desconocidos. ¿Se trataba de un secreto o de una historia de terror sin resolver?

—Creí que era tela, pero al sentir el relieve me di cuenta de que es una superficie cutánea

—mencionó Sara, reconocida microbióloga después de analizarla.

—No se diga más. Partiremos mañana a primera hora. Tratemos de llevar solo lo estrictamente necesario.

Tomaron dos vuelos para llegar a Ticuantepe, un municipio del departamento de Managua cercano al Masaya. Compraron artesanías a un vendedor ambulante y continuaron para llegar al Hotel Posada Ecológica La Abuela en Laguna de Apoyo. El polvo del camino seco se arremolinaba alrededor de las desgastadas llantas del todoterreno.

—¡Qué extraño!, llevo cuatro horas conduciendo. En teoría debimos llegar hace cuarenta y cinco minutos según el letrero que decía «Atajo».

—Javier, ¿estás seguro de que tomaste la ruta correcta? El camino no está pavimentado y tampoco hay casas, solo vegetación alrededor. Quizás el atajo no se refería al camino «la Posada».

—Lo sé, lo sé. Te juro que me devolví, pero...

Antes de que pudiera terminar la frase, Javier tuvo que frenar de inmediato al toparse con un árbol caído que obstaculizaba la carretera después de tomar una curva muy pronunciada. Sentado sobre el tronco, un niño de escasos ocho años comía una pitaya mientras los miraba sin mayor asombro.

Sara y Javier se bajaron dispuestos a hablar con él, cuando, de ambos lados de la carretera, salieron tres hombres a recibirlos.

—Buenas tardes. Me llamó Luis García y soy el alcalde de la comunidad de Amenti.

—Mucho gusto, soy Javier y ella es mi amiga, Sara. Buscamos llegar al Hotel Posada Ecológica La Abuela, pero creo que nos perdimos.

En ese momento, oscuros nubarrones vaticinaron una belicosa confluencia de relámpagos, vientos y lluvias incontenibles.



—Es muy tarde y la noche llegará pronto. Lo mejor será que se hospeden en nuestro pueblo. Mañana podrán continuar su camino. Pueden tomar este sendero de la derecha y seguirnos —recomendó el alcalde.

Javier miró a su derecha y descubrió que había una entrada en medio de aquel terreno silvestre. Él y Sara ofrecieron llevar a su anfitrión y a las otras dos personas que acompañaban al alcalde, ya que estos andaban a pie.

Avanzaron por espacio de cinco kilómetros hasta llegar a un pueblo que parecía sacado de una postal antigua: casas con tejados rojos y una plaza central con una fuente de plomo. El ayuntamiento era un edificio de piedra maciza con balcones y gente sonriendo con una calma que rayaba en lo irreal.

«No sé por qué, pero esta gente me da miedo» —pensó Sara.

—¿Miedo?, pero si no han hecho nada más que venir a recibirlos. Tenga cuidado con esa emoción señorita, no olvide que el miedo puede provocar sumisión; pero nunca una seguridad duradera —expresó Luis García con cierto sarcasmo.

—¿Pero? ¿Ehhh? ¿Cómo puedes leer mi pensamiento?

—No lo hice, solo interpreté el gesto de tu rostro.

—¡Ahh no, no! Solo es cansancio del viaje.

Un hombre canoso con boina, que se presentó como don Felipe, se comprometió amablemente a mostrarles la posada del pueblo llamada El Retiro. Este era un lugar acogedor y hasta cálido. Doña Sandra, una mujer corpulenta, les ofreció un plato de frijoles y tortilla. Tanto Javier como Sara, hambrientos y cansados, aceptaron gustosos.

—¿De dónde vienen?, ¿están de vacaciones? —preguntó Sandra con una mirada escrutadora.

—¡Sí, exacto! Andamos de vacaciones—respondió Javier, evitando dar mayores detalles.

El resto de la conversación se tornó tranquila y la comida reconfortante. Esa noche durmieron profundamente, ajenos a las sombras que ya se cernían sobre ellos.

Ambos se levantaron temprano para desayunar y explorar los alrededores. Un paisaje montañoso dominado por un gran volcán se alzaba como un guardián... «El Gran Masaya». Sin embargo, la comunidad de Amenti no aparecía en ninguno de los mapas que Sara había revisado. Únicamente se apreciaban El Raizón, Nandasmo, Piedra Quemada, Masatepe, San Juan de La Concepción, Nindirí, Ticuantepe y la ciudad de Masaya.

Por la tarde decidieron charlar con los lugareños que estaban en la plaza. Aunque daban la impresión de ser personas amables, Sara había percibido una frialdad apenas disimulada en los ojos de los locales que la incomodaba sobremanera.

De igual forma, Javier había notado algo extraño en las risas y murmullos de unas mujeres que se hallaban recostadas en una de las paredes del ayuntamiento.

—Esperamos que la estén pasando bien. Aquí siempre hay espacio para los forasteros —dijo una de las mujeres.

A pesar de que aquellas palabras reflejaban amabilidad, Javier y Sara no podían sacudirse aquella sensación de que había algo que no andaba bien y que todos en el pueblo lo estaban encubriendo. Sobre todo, cuando, al regresar después de un pequeño recorrido por los alrededores, se toparon con las infraestructuras del pueblo muy cambiadas. No parecía el mismo. Las sombras del atardecer comenzaban a alargarse como un manto sobre el cielo mientras el aire se tornaba gélido. Las paredes de las casas



ahora eran de piedra oscura y los tejados parecían crujir bajo el peso de la noche que se avecinaba.

No había nadie en la plaza; las luces de las casas y posada estaban apagadas. Un silencio sepulcral los recibió, pero fue interrumpido por el graznido de un cuervo que se posó sobre la fuente para luego volar en círculos sobre el campanario de la iglesia.

El único lugar que parecía estar activo era la taberna: un edificio con aspecto estropeado con una luz tenue, casi mortecina que se filtraba por las ventanas empañadas, mientras que una anciana con marcas en su rostro los miraba fijamente a través de ellas.

—¿Viste cómo nos mira esa mujer? Me da escalofríos. Nada de esto es normal. El pueblo cambió mientras salimos a caminar. Deberíamos irnos —instó Sara.

—¿Estás loca?, la razón de nuestro viaje fue precisamente esto que está pasando. Algo me dice que llegamos al lugar correcto. En primera instancia no está en el mapa y todo alrededor es un misterio.

—Javier, ¿en verdad crees que este sea el pueblo del que hablaban los artículos? Porque, de ser así, debemos tener cuidado. Si todo lo que decía el fragmento de papel es cierto, estas personas pueden ser los adoradores de deidades.

—Aún no lo sabemos, pero mañana planearemos cómo averiguarlo. Debemos comportarnos normal, porque si nuestras sospechas son ciertas no creo que nos dejen salir así no más.

Apenas ingresaron a la taberna, Sara sintió inmediatamente las miradas penetrantes de los pocos comensales que había en ese momento. La estancia de aquel lugar despedía un olor a humo de tabaco barato, aguardiente y a algo más. Un olor sutil y repulsivo a metal que le revolvió el estómago.

Javier se dirigió a la barra, donde un hombre corpulento, con el pelo grasiento y una cicatriz en el cuello, limpiaba los vasos con parsimonia. Le pidió un vaso de vino y con cautela regresó a la mesa donde estaba su compañera.

—¿Sabes?, cuando me acerqué, el cantinero se mostró evasivo, no quería atenderme. Y cuando le pregunté a las demás personas del pueblo me respondió de forma incoherente. De hecho, no entendí nada de lo que dijo.

—En mi caso, cuando fui al sanitario mientras pedías el vino, escuché unas voces decir que era tiempo de preparar el tributo. Cuando abrí la puerta me topé con dos mujeres. Mientras me lavaba las manos sonreí y les pregunté de qué tipo de tributo hablaban. Me respondieron con mucha seriedad que a veces se necesita ofrecer algo para obtener lo que se desea, pero que es mejor dejar ciertas cosas en silencio.

—¡Shhhh!, no menciones eso aquí. Lo discutiremos mañana.

Terminada la cena, ambos se retiraron a sus habitaciones. Cansada de dar vueltas en la cama de un lado a otro debido a la dificultad para reposar, Sara se quedó profundamente dormida.

En el sueño se vio descalza y escondida detrás de unos barriles en una especie de sótano, mientras dos hombres hablaban de una ofrenda y el día del fuego. Aunque no comprendía de qué se trataba, el tono sombrío de sus voces le hicieron presentir lo peor.

Al despertar corrió hasta la habitación de su colega.

—¿Recuerdas algún otro detalle? —inquirió Javier

—No, solo eso. Creo que debemos irnos —sugirió Sara con temor.



—¡Jamás!, estamos ante algo realmente grande.

—Los enigmas y el misterio siempre nos han apasionado, pero juramos que nunca a costa de nuestras propias vidas. Ahora estoy segura de que esta es la comunidad perdida. El hombre antes de morir dijo que el lugar cambiaba con el pasar de los días —explicó Sara con angustia.

—Está bien, está bien. Te propongo algo: investiguemos la iglesia durante la noche y nos vamos. Solo eso te pido, por favor. Tengo la corazonada de que la respuesta está en esa vieja edificación. No los he visto ingresar en ella, la mantienen cerrada.

—Solo esta noche, ¿me lo prometes?

—Prometido.

Luego de aquella plática, Javier y Sara decidieron fingir que eran una pareja enamorada y salir por los alrededores demostrándose afecto como si lo que estaba a su alrededor no tuviera mayor relevancia. Debían disimular para desviar la atención sobre ellos, así como sus intenciones por escapar.

Los habitantes ya no les hablaban. El misterio que rodeaba aquella comunidad era como un magnetismo que atraía a Los Buscadores, quienes se esforzaban por hallar alguna respuesta.

Tal como el día anterior, nubes grises cubrieron el cielo y el entorno había vuelto a cambiar. El aire de la tarde ahora parecía estar impregnado de un hedor a putrefacción. A medida que caminaban por las estrechas calles pavimentadas con piedras irregulares, notaron las miradas de los habitantes tras las ventanas de sus casas desgastadas. Pero la curiosidad de Javier era más poderosa que el temor que ese ambiente provocaba.

Por la noche, los murmullos de la gente en la taberna se intensificaron y Sara pudo

observar, desde la ventana de su habitación en el segundo piso, cómo sombras danzaban en un claro del bosque cercano. Tenía el presentimiento de que estaba a punto de desentrañar un enigma que había permanecido oculto durante generaciones.

Estaba inmersa en aquel pensamiento, cuando la sobresaltó un golpecito en la ventana. Al asomarse vio a una mujer embarazada que le hacía señales para que se reunieran detrás del ayuntamiento. Avisó a Javier y juntos se apersonaron ante ella.

—Deben irse ya. No sé cuál es la verdadera razón de su presencia en este lugar, pero no están preparados para lo que aquí sucede. Si insisten en quedarse no saldrán vivos —les advirtió con angustia.

—¿Por qué nos ayudas?, ¿qué está pasando? —preguntó Sara.

La mujer miró a su alrededor como si temiera ser escuchada.

—Este pueblo está maldito. Ustedes corren peligro. Hay un libro que no solo pertenece a este mundo y ellos lo tienen. Aquellos que lo leen quedan marcados y sus almas son reclamadas por la boca del infierno.

—¿Te refieres al volcán Masaya? —indagó Javier.

—No es un simple volcán: hay un pacto que se selló hace siglos, cuando los primeros pobladores, desesperados por las sequías y la hambruna, invocaron fuerzas que no debían ser despertadas para obtener su favor. Ese pacto está en el *Libro de la muerte*, un grimorio ancestral custodiado celosamente por la familia de Luis García, el alcalde. Ese libro contiene un poder inimaginable. Por eso deben irse, antes de que sus páginas se abran de nuevo y sus almas sean entregadas al volcán.

—Se me hace difícil confiar en alguien que es parte de esta comunidad. Puede ser una



trampa –externó Sara con sinceridad.

–Es tu problema si me crees o no. Pero dime, ¿acaso no sabes lo que significa el nombre de esta comunidad? Se llama Amenti y en la mitología egipcia eso significa «Reino de los muertos». ¿Lo entienden?, la «Boca del Infierno» es una cárcel de almas, por eso le pusieron así. Sino obtiene su tributo cada cierto tiempo, la comunidad empieza a perecer.

–Ya todo tiene sentido. Por eso cambia cada día, se está deteriorando –manifestó Javier.

–Adivinaste. La única forma de detenerlo es cuando le ofrezcan el tributo. Así que solo váyanse, maldita sea –espetó la mujer y luego se retiró.

Javier, fascinado y a la vez receloso, comprendía porqué la comunidad se aferraba al volcán como una garrapata a la piel de un perro. No aparecía en ningún mapa moderno. Incluso las aves evitan sobrevolarlo, a excepción del cuervo que habían visto en la fuente. Ahora, más que nunca, necesitaba una prueba para demostrar el gran hallazgo.

A la media noche, cuando todos en el pueblo dormían, Los Buscadores se enrumbaron con sigilo hasta la capilla abandonada. La puerta, medio derruida, tenía un candado puesto. Revisaron la parte trasera y hallaron una ventana entreabierta. Con cuidado se deslizaron hasta el interior: era una estancia cubierta de polvo y telarañas. Mientras buscaban con qué alumbrarse, Javier descubrió una trampilla oculta bajo el suelo. Con dificultad la levantaron dejando ver una escalera.

–¡Javier, nooooo! –advirtió Sara con el rostro pálido.

–Por favor, Sara, ya estamos tan cerca. Te prometo que revisaremos y nos vamos.

–Lo mejor es irnos ya –insistió Sara.

Pero Javier no escuchaba: su curiosidad y deseo por comprender qué estaba sucediendo en aquel lugar era más fuerte que el miedo. Tomó la linterna que llevaban y comenzó a descender. Sara, resignada, lo siguió.

La escalera los condujo a un sótano polvoriento y frío. El interior era un sector muy amplio y sombrío con un fuerte olor a humedad. Había trece figuras de piedra cubiertas de polvo formando un círculo y en el centro un altar desgastado con siete velas encendidas junto a un libro cuya cubierta estaba hecha de cuero negro, adornado con incrustaciones de hueso. Era evidente que alguien había estado allí recientemente.

En las paredes podían verse grabados y marcas de sangre.

Sara se impactó tanto que sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

–Todo es tan real y aterrador. Javier, quiero irme. Creo que mi sombra hizo un movimiento diferente al de mi cuerpo.

Y es que, dentro de aquel sector, las sombras parecían cobrar forma de entidades tenues que se alargaban y encogían. Sus siluetas danzaban en las paredes y se proyectaban sobre la polvorienta mesa, como si fueran espectadores silenciosos de un secreto macabro.

Cautivado por la apariencia del libro, El Buscador se acercó y lo abrió. Un olor a sangre seca emanaba de él. Cada una de sus hojas estaba escrita con una caligrafía intrincada y arcaica. Ilustraciones macabras y diagramas complejos complementaban su contenido. Mientras pasaba las páginas, Javier sintió una energía extraña fluir hacia él, una sensación de poder y oscuridad que lo embriagaba. El aire de la estancia comenzó a volverse denso, el silencio más profundo y una voz susurrante, apenas audible, parecía murmurar a su alrededor.



–Javier, te lo suplico... cierra ese libro, por favor... cierra ese maldito libro de una vez –imploró Sara.

Pero Javier no respondió. Sus ojos brillaron con una luz enfermiza y en sus labios se dibujó una sonrisa diabólica. Lejos de cerrarlo, comenzó a leer en voz alta, pronunciando las palabras extrañas con una fluidez sorprendente.

Todo el edificio tembló y la antorcha parpadeó. Sara retrocedió aterrorizada. Las sombras que había notado antes, empezaron a danzar en las paredes. Sabía que había cometido un error al seguir a Javier hasta Amenti y, sobre todo, a aquella iglesia. Habían despertado algo terrible que no podían controlar.

De repente la puerta del sótano se abrió de golpe. Hombres, mujeres y niños con sus rostros pintados y ojos inyectados de sangre entraron lentamente en el aposento. Estaban en trance.

Sara supo entonces que estaban perdidos en la oscuridad de Amenti. Atrapados entre rituales sangrientos y su maldición eterna.

–¿Lo hice bien, señor? –preguntó la mujer embarazada dirigiéndose al alcalde.

–Tal como lo planeamos.

–Sabía que no eras de fiar –increpó Sara.

–Aun así, no hicieron caso. Hay cosas que es mejor dejarlas enterradas, pero su ambición los trajo hasta aquí. Nunca se resisten a develar secretos. Ahora, él es de los nuestros, este es el precio que se paga por buscar lo prohibido.

Javier con el libro en sus manos, levantó la vista y sonrió.

–¡Bienvenidos, hermanos! La ceremonia está a punto de comenzar –dijo con una voz que ya no era la suya.

El corazón de Sara latía con fuerza amenazando con reventar en su pecho. La voz gutural y de autoridad de Javier se elevó por encima del murmullo de los presentes haciendo vibrar el aire. La Buscadora intentó calmarse, respirar hondo, pero el miedo era como una garra que se aferraba a su garganta.

No podía creer cómo su compañero de años podía recitar palabras retorcidas que le revolvían el estómago, mientras el alcalde se dirigía hasta donde estaba una tela marrón cerca de la pared. La luz de las velas que se intensificaron en ese instante la cegaron momentáneamente. Sara parpadeó varias veces hasta que su vista se ajustó. Lo que vio la dejó sin aliento. Cuando el alcalde quitó el lienzo, dejó al descubierto el cuadro de un demonio.

Miró de nuevo a Javier, su colega de viajes y aventuras. Lo conocía desde hacía años. Siempre amable, apasionado y arriesgado. Pero quien estaba frente a ella era un hombre transformado, con la mirada perturbadora y una sonrisa cruel curvándole los labios.

Javier la miró directamente a los ojos mientras su sonrisa se ensanchaba.

–Mi querida Sara. ¡Qué bueno que estés aquí con nosotros!

El shock ante esas palabras la paralizó. No podía moverse. ¿Cómo era posible? ¿Javier está presidiendo un ritual? Todo eso le resultaba absurdo, una pesadilla, una realidad por completo innegable.

–Tu sangre, Sara, es el dulce elixir. Es tu oportunidad para trascender, dejar atrás el dolor y abrazar el verdadero poder. Vamos a ofrecerte y serás una con el amo –continuó Javier mientras tomaba un cuchillo que le dio el hombre de la taberna.

La hoja de aquel instrumento brillaba a la luz de las velas.



El terror se apoderó de aquella mujer que sintió la bilis subir por su garganta. Algo se rompió dentro de ella. Ese mismo miedo se transformó en furia, en una determinación feroz por sobrevivir. Ya había perdido a su amigo, pero su vida no la daría tan fácil en un altar.

Miró a su alrededor buscando cómo escapar. Era un instante crucial y debía apostar todo. En ese momento unos encapuchados se abalanzaron sobre ella intentando sujetarla. Sara gritó con histeria y forcejeó con toda su intensidad. A como pudo mordió a uno y arañó a otro en la cara. En medio del caos, se soltó y corrió hacia una mujer a quien empujó con todas sus fuerzas haciéndola caer sobre una mesa. Al volcarse la mesa por el peso, se derramaron unas botellas que contenían material inflamable provocando que el fuego de las velas se extendiera rápidamente.

El pánico cundió entre los presentes al ver que el fuego se extendía con rapidez amenazando con consumirlo todo.

Sara, aprovechando la confusión, subió las escaleras buscando la salida cuando sintió que alguien le agarró del tobillo. Embargada por la adrenalina, pateó con fuerza logrando liberarse. El humo le picaba los ojos y dificultaba la respiración. Finalmente abrió la puerta y corrió hasta el carro.

El sonido de tambores resonó en la distancia. No podía permitir que la atraparan.

El carro no arrancaba.

—¡No puedes irte! —gritó furioso Javier desde lo lejos.

—Lo siento, pero mi amigo murió hace unos minutos —expresó con tristeza a la vez que lograba arrancar el motor.

Condujo a toda velocidad por la callecita teniendo la esperanza de dejar atrás Amenti. Miró por el espejo retrovisor y vio que otros carros la perseguían. Aceleró aún más, pero a

escasos cien metros de la entrada por donde habían ingresado a aquel lugar, el tronco del árbol que, días atrás, había detenido su avance, ahora obstaculizaba su paso. No había forma de esquivarlo.

Intentó buscar otra ruta alternativa, pero se vio cercada por los otros autos. Trató de poner el seguro a la puerta, pero no funcionaba.

Don Luis García y otros hombres se acercaron con antorchas en las manos. Sus rostros iluminados por las llamas eran máscaras de fanatismo. A pesar de que Sara luchó con todas sus fuerzas, ellos eran demasiados. Con brusquedad, la sacaron del carro y la arrastraron hacia la cima del Masaya. La ataron a un altar de piedra, justo al borde del cráter. El calor de la lava le quemaba la piel. Sus alaridos no se hicieron esperar.

—Tu llegada fue un signo de los dioses —dijo Javier.

Un viento fuerte surgió de la nada y el magma del volcán empezó a ascender buscando la novia para sumirla en su abrigo por la eternidad. Sara giró su cabeza ligeramente para observar. Desde arriba, podía apreciar el magma hirviente, sentir el calor y determinar las líneas terrizas de los estratos que dejaban de ser una experiencia sublime para volverse una visión aterradora. La «boca del infierno» estaba ante sus ojos.

Los lugareños, con túnicas negras, entonaban cánticos incomprensibles. Javier le clavó la mirada. Era vacía y sin alma.

—El amo necesita sangre —dijo con voz suave.

Con esas palabras trazó cortes en diferentes partes de la piel desnuda de Sara. Eran jeroglíficos dibujados con la hoja afilada de un cuchillo. Los gritos de la mujer se ahogaban entre los cánticos de aquella gente endemoniada. Después, con el mismo cuchillo cortó las cuerdas y la tomó en sus brazos.



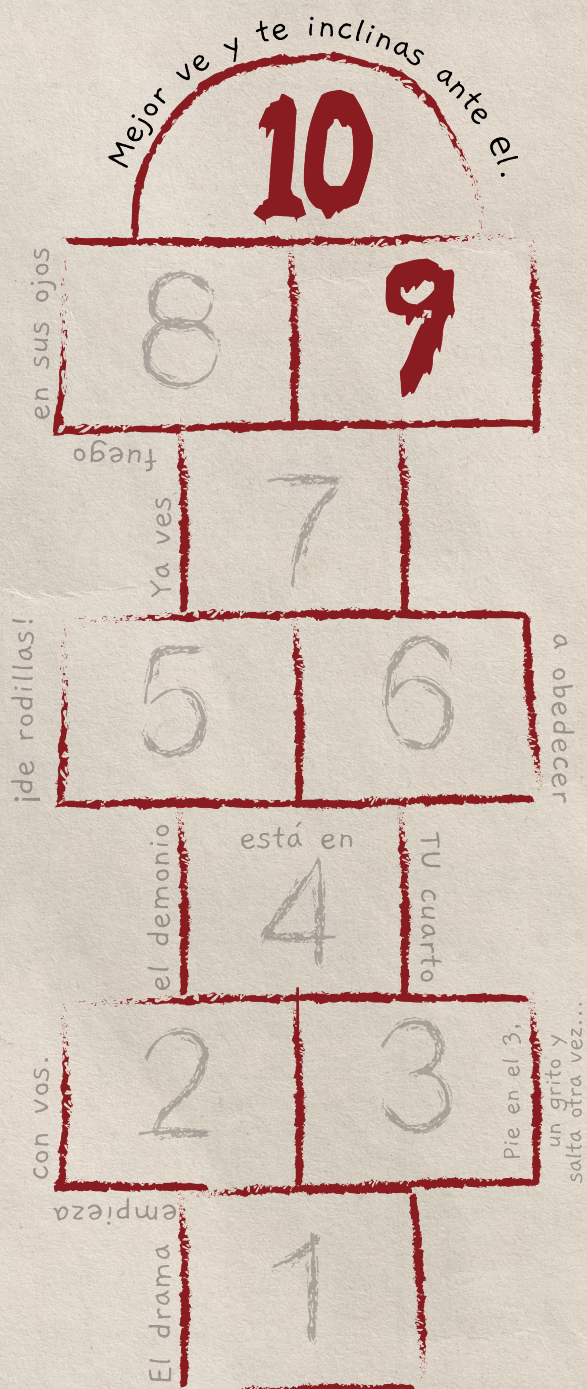
¿Me recuerdas? Dime que volviste en ti, por favor –suplicaba agonizante.

–El amo necesita sangre –repitió Javier sin inmutarse y la dejó caer en el cráter.

El empresario, sediento de conocimiento, se había convertido en un peón, una extensión

de ese pueblo maldito, destinado a perpetuar su horror y su secreto. La sangre, la muerte, los cánticos y bailes en las laderas del Masaya, continuarían en Amenti, una comunidad perdida en el tiempo y en la cordura, para siempre.









# El Hallazgo Maldito

*Pablo Delgado*  
**@escritorpablodelgado**

**S**IEMPRE HE QUERIDO QUE MI NOMBRE QUEDE en los libros de historia, y no convertirme en uno más de los millones de arqueólogos de oficina cuya mayor meta es ser nombrado encargado de un viejo museo. Es por eso que cuando se dio la oportunidad gasté los ahorros de toda mi vida y me dirigí a Camboya. Una vieja leyenda contaba que en la provincia de Mondol Kiri, cercana a la frontera con Vietnam, existió una Monuh Prey (tribu de montaña) que había construido una gran ciudad de piedra y, según se dice, un día la ciudad, junto con todos sus habitantes, desapareció en la montaña sin explicación alguna.

Me contacté con un hombre llamado Nhean, quien dominaba muy bien el español y sería mi guía en Camboya. Le comenté el motivo de mi viaje y le ofrecí una alta suma de dinero por ayudarme. Después de realizar una búsqueda de unos seis meses, Nhean se encontró con un aciano, quien le dijo que sabía la ubicación de la célebre *ciudad maldita*. Al escuchar esto, alisté mi equipaje y tomé el siguiente vuelo con rumbo al país asiático.

Al llegar a la Ciudad de Sen Monorom (capital de la provincia de Mondol Kiri), fui recibido por Nhean, quien me indicó que debíamos



de tomar una avioneta hacia el poblado de Kannitha, ya que no existía ninguna carretera que llegara hasta ese lugar.

Mientras viajábamos en la avioneta, comprendí por qué nadie, en los últimos años, se había aventurado a buscar esta leyenda, el terreno estaba cubierto por kilómetros de espesa jungla. Después de unos treinta minutos de vuelo aterrizamos en una improvisada pista de tierra en medio del bosque. Nhean había dispuesto que nos esperaran con caballos, ya que todavía faltaba avanzar unas dos horas por un trillo en medio de la vegetación.

Ya eran como las dos de la tarde cuando finalmente llegamos a Kannitha. El lugar era un grupo de unos diez ranchos de madera con techos de hojas de palma seca rodeado de sembradíos. En medio de las construcciones se paseaban gallinas, chanchos y uno que otro perro flaco. Sentía que los pobladores me miraban de una manera despectiva, actitud que me pareció lógica, ya que para muchos de ellos era el primer occidental que veían.

Después de ser presentado al jefe de la tribu comimos algo y fuimos a conocer al anciano Munny, quien vivía en un viejo rancho a unos diez minutos del poblado. Al llegar al lugar, mi guía me pidió que esperara fuera de la cabaña y entró. Minutos después, Nhean salió acompañado por un viejo manco y ciego del ojo derecho, quien me miró como si me quisiera asesinar. El anciano dijo unas palabras en camboyano y Nhean me pidió que le enseñara el dinero. Yo saqué de mi bolsillo un grueso fajo de billetes y Munny sonrió macabramente. Después le dijo algo a mi guía y se metió de nuevo a su choza. Nhean se me acercó y me dijo que saldríamos al día siguiente. Aquella noche, aunque estaba exhausto por el largo viaje, no pude dormir. No sabía si era por la excitación de ver cómo mi sueño se hacía realidad o por el

hecho de estar en una cabaña en medio del bosque, escuchando sonidos extraños para mí, en un país con una cultura completamente distinta a la mía.

Al día siguiente, llegamos a la casa de Munny antes de que el sol saliera. El anciano nos esperaba afuera, listo para emprender el viaje. Nosotros tres, junto a otros tres hombres de la aldea, nos adentramos en la montaña. La selva era muy espesa, había que abrirse paso por la maleza cortando ramas con machete. Después de unas cuatro horas de avanzar lentamente, cruzando al lado de milenarios árboles y atravesando arroyos, llegamos a los pies de una montaña que se elevaba con enormes paredes de piedra. El anciano avanzó al lado de una de las paredes, hasta llegar a un punto en donde había ocurrido un pequeño derrumbe y grandes rocas que habían sido cubiertas por la vegetación. Munny tomó un machete y empezó a limpiar el lugar hasta que halló lo que estaba buscando. Nos enseñó su macabro hallazgo. Debajo de una de las enormes rocas sobresalían, parcialmente en la tierra, los huesos de una mano humana. Era evidente que aquel hombre había sido aplastado cuando la piedra se desprendió de la montaña.

Después de un pequeño descanso, nos pusimos a cavar en el derrumbe como lo indicó el viejo manco. Luego de una hora de arduo trabajo, descubrimos una cueva en la pared de la montaña. La entrada que habíamos excavado no era muy grande, apenas se podía entrar arrastrándose. Con ayuda de Nhean le pedí a Munny que nos acompañara, pero éste se negó. Le ofrecí más dinero, pero se volvió a negar alegando que aquel sitio estaba maldito y que no había dinero en este mundo que lo hiciera entrar. Al oír sus palabras, los otros hombres también se rehusaron a entrar, así que, sin pensarlo mucho, Nhean y yo ingresamos.



Nos arrastramos unos cuantos metros, hasta que la cueva se convirtió en un pasadizo con escaleras que descendían. Continuamos el oscuro camino, iluminado pobremente por las linternas. Después de descender por unos interminables quince minutos, llegamos a una enorme caverna. El techo de ésta estaba tan alto que la luz de las linternas se perdía en las tinieblas. La caverna tenía cientos de edificaciones de piedra de diferentes tamaños adornadas con hermosos relieves en las paredes.

Por fin había realizado mi sueño. En ese momento comprendí la sensación de debió haber experimentado Hiram Bingham cuando descubrió Machu Picchu. Sin embargo, la emoción fue opacada por un macabro descubrimiento. En el piso, esparcidos por todos lados, como si fuesen piedras, se encontraban miles de calaveras y osamentas de hombres, mujeres y niños que parecían mirarme. La teoría más lógica sobre la muerte de aquellas personas era que el derrumbe de la entrada los había atrapado, convirtiendo la ciudad en una gran tumba; pero pronto descarté la idea, al avanzar y descubrir herramientas que les hubiese permitido excavar. Era como si ninguno de ellos hubiera intentado hacer algo por salir. Caminamos por las calzadas con un silencio espectral, interrumpido únicamente por nuestras pisadas, que levantaban la gruesa capa de polvo acumulada por mil años. Sentía un inexplicable temor, como si estuviésemos profanando un lugar sagrado. En ese momento pensé que tal vez Munny tenía razón y el lugar estaba maldito.

En una pequeña edificación vi algo que me llamó la atención. Estaba rodeada por cientos de esqueletos, agrupados uno encima de otro, como si todos hubiesen querido entrar en ella. Me imaginé que tal vez allí adentro podría estar la explicación al misterio de las muertes masivas. Rodeamos la construcción y

encontramos una puerta que se encontraba cubierta por decenas de esqueletos. Con cuidado, retiramos los huesos, tratando de no dañarlos. La puerta estaba hecha de un grueso bloque de madera y parecía estar bloqueada. Utilizando una pala como palanca logramos moverla lo suficiente para dejar una pequeña abertura por donde entramos. El lugar se componía de una única habitación sin ventanas. Parecía ser alguna bodega, ya que lo que bloqueaba la puerta era estantería de madera y algunas vasijas de gran tamaño. Sentado en el suelo, con la espalda recostada contra la pared, se encontraba un esqueleto. Por los restos de la ropa y por su tamaño, podía deducirse que se trataba de una niña de unos doce años. En su mano derecha tenía un pequeño cuchillo y en los huesos de su garganta se podía ver un corte, seguramente producido por el cuchillo. Me quedé observándola y preguntándome, ¿qué llevaría a esta criatura al suicidio? ¿Sería acaso que esta gente fue víctima de alguna epidemia y ellos creían que la niña tenía la cura? ¿O acaso sería algo más macabro?

Nhean me llamó para mostrarme un mensaje esculpido en la pared. Parecía que nuestra pequeña amiga nos había dejado una pista sobre aquel misterio. Las palabras estaban en un lenguaje desconocido para mi guía, por lo que tomé una foto para descifrarlo después. Ya llevábamos mucho tiempo en aquel lugar y la sensación de algo maligno nos sofocaba. Así que decidimos que era hora de regresar. Al salir de la habitación resbalé y caí encima de los huesos, pero sólo me hice algunos rasguños en la mano derecha. Un espantoso eco se esparció por toda la caverna, y tuve la horrible sensación de haber despertado algo diabólico.

Nos apresuramos a salir. Fue muy grato cuando por fin vimos nuevamente la luz del sol. Le enseñé a Munny la foto del mensaje en la pared para ver si él podía decirme qué



significaba. Al verlo, el anciano hizo una mueca de horror mientras retrocedía repitiendo una y otra vez algo en camboyano. Nhean se puso pálido al oírlo, y me indicó que lo que decía el viejo era: «*los muertos caminan*». Esto provocó en mí horribles imágenes de lo que pudo haber pasado en aquella caverna, y deduje que el derrumbe que tapó la entrada no había sido ocasionado por causas naturales.

Después de que el anciano se recuperó de la impresión, cubrimos el agujero, marqué el lugar con mi GPS y empezamos el regreso a la aldea. Aunque me sentía enfermo y agotado, seguramente por la falta de sueño, estaba feliz, pues tenía suficientes pruebas para poder presentar el proyecto a una universidad de prestigio y obtener los fondos para realizar una verdadera expedición.

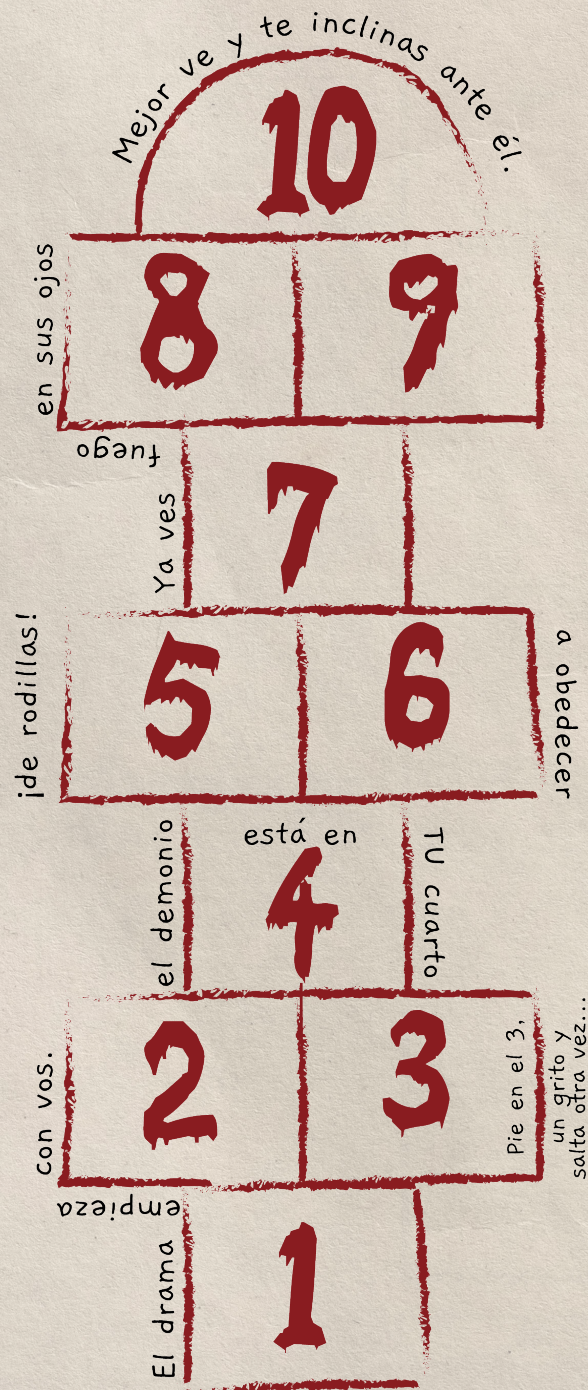
La caminata fue rápida, poco menos de dos horas. Cuando entré a la cabaña me desmayé. Desperté desorientado en lo que parecía ser un viejo hospital. Mi rostro estaba cubierto por una mascarilla de oxígeno y una intravenosa estaba pegada de mi brazo. Me sentía tan débil que no podía ni sentarme. Al ver mi piel me di cuenta de la gravedad de mi salud, tenía un tono grisáceo y estaba cubierta de espantosas llagas. Del rasguño de mi brazo brotaba un asqueroso líquido blancuzco.

¿Quién diría que luego mi nombre sería funestamente recordado por revivir la maldición que acabaría con la humanidad?



# La Rayuela Macabra

Wendy Bolaños  
@gwen08





---

# LA LOGIA OSCURA

---

VOLUMEN V  
OCTUBRE, 2025

· WENDY BOLAÑOS · SUSSY CARBALLO ·  
· MARIO D. CHACÓN · JONATHAN CÓRDOBA ·  
· EFRAÍN DELGADO · PABLO DELGADO ·  
· J.P. HERNÁNDEZ · FRANK HERRERA ·



